CUADERNOS
historia 16

Así nació Canadá

J. Stokesbury, B. Moody y D. Baldwin



270

190 ptas

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Cartier se encuentra con los indios en Hochelaga, 1535 (litografía de A. Morris, mitad del siglo XIX)

Indice

CANADA

LA EPOCA DE EXPANSION Y EXPLORACION 4

Por James Stokesbury.
Departamento de Historia de la Universidad de Acadia, Wolfville, Canadá.

IMPERIOS EN CONFLICTO (1635-1783) 13

Por Barry Moody.
Departamento de Historia Universal de Acadia, Wolfville, Canadá.

DIVERSIDAD REGIONAL (1784-1867) 22

Por Douglas O. Baldwin.
Departamento de Historia. Universidad de Acadia, Wolfville. Canadá.

Cronología 18
Bibliografía 31
Textos .... I-VIII

CANADA, con una superficie de 9.976.137 kilómetros cuadrados —unas veinte veces la de España—, es el segundo país del mundo en extensión. Su población alcanza la cifra de 25.796.000 habitantes, lo que ofrece una densidad muy reducida —menos de 26 habitantes/km². España tiene casi 80.

El país, debido a la riqueza de sus recursos naturales y al alto grado de desarrollo alcanzado por sus estructuras económicas , se sitúa —con más de 15.000 dólares de renta per capita*— en uno de los primeros lugares del globo.*

Rico conglomerado de etnias, culturas, lenguas, religiones y formas de vida, el inmenso país es todavía hoy un verdadero gigante desconocido. Una realidad que se muestra dispuesta a convertirse en uno de los grandes del inmediato futuro, cuando despliegue todas sus prácticamente inagotables potencialidades.

La época de expansión y exploración

James Stokesbury
Departamento de Historia de la Universidad de Acadia, Wolfville, Canadá

CANADA es en el siglo XX el segundo Estado más extenso del mundo. Incluye una asombrosa variedad de climas, terrenos y rasgos físicos. Sus fronteras se extienden desde los 42° latitud norte casi hasta el Polo, y desde 53° hasta 142° longitud oeste, y abarcan casi diez millones de kilómetros cuadrados, más que los Estados Unidos, China o Brasil, y casi veinte veces la extensión de España. A pesar de su inmensidad y la riqueza de sus recursos naturales, estas cifras resultan engañosas, ya que gran parte del Canadá actual se encuentra en realidad deshabitado y aún en un estado prácticamente virgen. Canadá es una nación tanto a pesar de su naturaleza como de su historia. Pero en el momento en que comenzó a ser conocido por los europeos, ni su extensión ni su futuro podían ser siquiera vagamente imaginados.

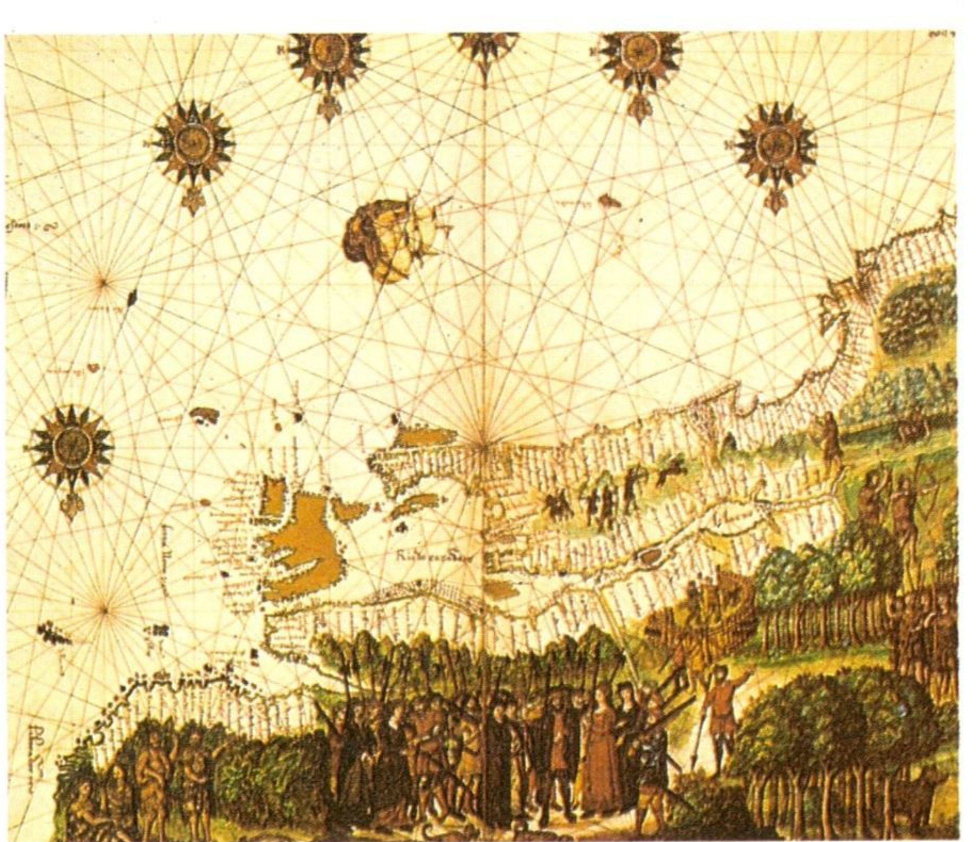
Los primeros canadienses, obviamente, no eran europeos, sino indios, o como se les llama ahora, *pueblos nativos.* Estos habitantes de la Edad de Piedra estaban en América del Norte desde antes de la aparición de la historia escrita. Su lugar de procedencia ha sido una fuente de especulaciones interminables: algunos les han considerado como las tribus perdidas de Israel, otros han afirmado que eran egipcios que habían llegado en barcos hechos de papiro. Los estudiosos de más prestigio optan por apoyar la idea de una emigración transiberiana, realizada hace unos treinta mil-setenta y cinco mil años, cuando aún existía un puente de tierra en el estrecho de Bering. Desde lo que hoy es Alaska se dispersarían hacia el sur y el este. Los últimos en llegar serían los esquimales o *Inuit,* que se quedaron en el lejano norte y consiguieron organizar una vida armónica en medio de las duras realidades de su entorno. En el siglo XVI los indios no eran más que unas tribus pequeñas que salpicaban la parte norte del continente, tal vez un cuarto de millón de personas en total.

Ha habido constantes discusiones acerca de los primeros descubridores de América del Norte, así como sobre lo que realmente fue descubierto. Los arqueólogos han argumentado incansablemente en favor de los irlandeses, los vikingos, los bretones y los vascos. Hoy se ha conseguido una respuesta definitiva. En el norte de Terranova, en un lugar llamado L'Anse aux Meadows, los investigadores han desenterrado los restos de una pequeña colonia vikinga que existió alrededor del año 1000 y que quizá perdurase unos doce años. Las sagas nórdicas, desde hace mucho tiempo, han relatado sus viajes a Islandia, Groenlandia e incluso hasta más allá. Ahora se sabe con certeza que llegaron a Terranova y que probablemente hicieron tres intentos de establecerse allí. Un niño europeo llamado Snorri nació allí, pero la colonia era demasiado débil y estaba demasiado alejada para sobrevivir. Las amenazas de los indios *skrellings* provocaron su abandono y los vikingos desaparecieron primero de Terranova y luego de Groenlandia, dejando detrás sólo leyendas

Arriba, izquierda: *Jacques Cartier.* Derecha: *detalle de un mapa de Canadá de 1546: Cartier y su gente penetran en el inmenso territorio (Biblioteca Huntington, California).* Abajo: *Cartier y los nativos (óleo de H. R. Perrigard)*







fascinantes y especulaciones. Durante otros quinientos años los indios seguirían conservando su vida de siempre.

La Edad de Oro

Pero al otro lado del Atlántico, en Europa, el horizonte se ampliaba. Los Estados cristianos de Occidente por fin tomaron la ofensiva después de haber sobrevivido y asimilado las sucesivas oleadas de invasiones de musulmanes, vikingos, magiares y eslavos. Los alemanes avanzaron hacia el este, el Papa pregonó la cruzada y se recuperó Tierra Santa. Mientras, la lucha de setecientos años en España se volvía definitivamente en favor de los cristianos a partir de la batalla de las Navas de Tolosa, en 1212. Los europeos tomaron conciencia de la existencia de un mundo más ancho y de sus riquezas, y el proceso de expansión se extendió más allá de las costas y fronteras del continente. En el siglo XV los portugueses empezaron a recorrer la costa africana, mientras que la Liga Hanseática incorporaba el Báltico y Escandinavia a la órbita de Europa y Venecia se enriquecía con el comercio de Oriente.

Todo esto daría sus frutos a fines de siglo. En 1492, como producto de la búsqueda de una ruta hacia las riquezas del este, Colón *descubrió* el Nuevo Mundo, aunque insistió firmemente en que no lo había hecho. Cinco años más tarde, mientras los portugueses echaban sus anclas en la costa de la India, los ingleses llegaron a lo que sería Canadá. De hecho, Colón había intentado conseguir el apoyo de Enrique VII de Inglaterra, pero éste era un soberano astuto y avaro, que solamente arriesgaba dinero en una apuesta segura. Los trabajos de descubrimiento ingleses los hicieron los particulares, los comerciantes de Bristol, la ciudad portuaria del oeste del país.

Sus primeros viajes son —como la mayor parte de todo lo sucedido en este período— oscuros, pero parece que durante varios años de la década de 1480 buscaban las islas del *Alto Brasil* en algún punto de Occidente. Se unieron a un italiano que se llamaba Giovanni Cabotto, quien por fin logró convencer a Enrique VII para que le concediera una carta de exploración de una ruta occidental hacia las islas de las Especias. En mayo de 1497 Cabotto, o John Cabot, partió de Bristol en un barco pequeño, el *Matthew,* tripulado por marineros locales. Volvió en agosto después de haber llegado a lo que él llamó *Newfoundland*.

La verdadera naturaleza de esta *Nueva tierra hallada* se ha convertido en un tema de intenso debate desde entonces. Pudiera haber sido la parte norte de Terranova o el cabo Cod, o cualquier punto situado entre los dos.

El más destacado historiador norteamericano de la era de las exploraciones, Samuel Elliot Morison, estaba seguro de que Cabot tocó tierra en el norte de Terranova y los terranovenses tienden a darle la razón. La opinión mayoritaria entre los canadienses opta a favor de la isla de Cabo Bretón, al lado sur del golfo de San Lorenzo. La ruta turística que bordea la costa de aquella isla se llama, significativamente, *el camino de Cabot.* Sea como fuera, Cabot hizo por la parte septentrional del continente lo que Colón había hecho por el área del Caribe: la introdujo en el conocimiento de Europa. El rey de Inglaterra le recompensó con la cantidad de 10 libras. Al año siguiente partió de nuevo y no re-



gresó. Su hijo Sebastián le sucedió, convirtiéndose en un gran explorador, o en un gran embustero según otras opiniones.

Aunque Cabot les proporcionó la base de las reclamaciones que más tarde explotarían, los ingleses no hicieron mucho para aprovechar sus conocimientos de manera inmediata. Mientras España forjaba un Imperio en América Central, Inglaterra, en cambio, se veía involucrada en el movimiento protestante y en complicados conflictos dinásticos.

Los europeos, sobre todo los portugueses, vascos y bretones, pescaban habitualmente por los *Grandes Bancos* a lo largo de la primera parte del siglo XVI, pero sin explorar seriamente, y desde luego sin colonizar la parte septentrional de América del Norte. Hubo varios motivos para ello: uno fue que el ritmo de exploración, o colonización, estaba estrechamente interrelacionado con otros intereses en la metrópoli; otro, por supuesto, fue porque españoles y portugueses estaban más ocupados y obtenían más éxito en otras zonas, y finalmente, a los europeos les importaba menos América del Norte en sí que el hecho de cruzarla para llegar a las riquezas de Oriente. América del Norte sería finalmente explorada porque constituía un *estorbo.*

Los nuevos espacios

Aun así, estaba allí y lentamente se iba adquiriendo algún conocimiento sobre ella, al menos sobre su franja oriental. Otro italiano, el florentino Giovanni de Verrazano, que viajaba al servicio de Francisco I de Francia, exploró la mayor parte de la costa desde cabo Fear, en lo que es hoy Carolina del Norte, hasta Terranova. Más tarde fue asesinado y comido por los habitantes de las islas caribeñas. Francisco I se consideraba a sí mismo como el hombre renacentista por antonomasia, de manera que se interesaba por todo, aunque nunca por mucho tiempo. Durante su reinado los franceses se mostraron activos no sólo en América del Norte, sino también en las Indias Occidentale y por la costa de Brasil, donde acabarían por enfrentarse a los portugueses. El mismo Francisco, sin embargo, prefirió dedicarse a luchar en las grandes guerras entabladas entre los Habsburgo y los Valois y a invadir Italia, donde, en Pavía en 1525, perdió *todo menos el honor,* y pasó una temporada como invitado forzoso de Carlos V en Madrid.

John Cabot descubre Terranova en 1497, en el curso de una expedición que contaba con el patrocinio de Enrique VII

Por tanto, igual que en el caso de Inglaterra, la tarea de exploración en ultramar quedó en manos de emprendedores particulares. Uno de los más grandes de éstos entra ahora en escena en la persona de Jacques Cartier, nacido en Saint-Malo en 1491 y ya con una reputación de navegante experimentado cuando conoció al rey Francisco en 1532. Dos años más tarde, con una comisión real y dos barcos pequeños, zarpó de su ciudad natal y navegó rumbo al oeste.

Cartier tuvo una suerte increíblemente buena, lo cual, en aquellos tiempos, quería decir buen tiempo para navegar. Llegó al cabo Bonavista, en Terranova, después de pasar sólo veinte días en el mar, lo que le dio abundante tiempo para explorar antes de que la tripulación empezara a morir o a amotinarse, o ambas cosas a la vez. Siguiendo la costa hacia el norte desde su primer contacto con tierra, bajó a continuación por el estrecho de Belle Isle para penetrar en el gran golfo de San Lorenzo. Con esto, aunque sin darse cuenta, los franceses habían encontrado una de las más importantes puertas hacia América del Norte (*).

En su primer viaje Cartier pasó un mes en el golfo, llegando a la isla de Anticosti y la península de Gaspé. En agosto se dirigió a la metrópoli pasando de nuevo por el estrecho de Belle Isle. Francisco I estaba complacido. Le proporcionó una excusa con la que podría *mojar la oreja* al emperador Carlos, así que en 1535 financió una segunda expedición. Al entrar en el golfo otra vez, los viajeros se dirigieron a Gaspé y luego, animados por los indios que encontraron, siguieron río arriba. Según su interpretación, los indios llamaban a la corriente el *río de Hochelaga.* Hacia el oeste había una tierra de metal rojo, o *caignetdaze,* palabra que al final terminó convirtiéndose en *Canadá.* Al cabo de la primera semana de septiembre Cartier llegó a un pueblo indio llamado Stadacona, en la confluencia de dos ríos, un escenario extraordinariamente impresionante, donde en la actualidad está la ciudad de Quebec.

Los indios querían que se quedaran allí y, de hecho, la estación ya estaba avanzada, pero Cartier decidió proseguir. Con los botes de sus barcos continuó río arriba, obviando una serie de rápidos, hasta llegar a un pueblo indio más grande que se llamaba Hochelaga. Aquí vio una colina alta a la que bautizó como *Monte Real,* hoy Montreal. Desde su cima pudo ver una inmensa extensión de bosques ondulantes y el brillo plateado del río que llegaba desde el oeste, pero mostrando más rápidos corriente arriba. Había llegado la hora de detenerse.

En realidad, ya era tarde porque el frío había empezado y los franceses tuvieron que invernar en Stadacona. No resultó una experiencia agradable. El río se heló hasta una profundidad de

(*) Siguiendo la ruta del San Lorenzo, muy rectificada en el último medio siglo, hoy día barcos de gran tonelaje penetran hasta el mismo corazón de Estados Unidos y Canadá.

casi dos metros mientras que enormes ventisqueros amontonaban la nieve contra las chozas y la empalizada; el vino se congeló y con el paso del tiempo los hombres comenzaron a morir de escorbuto y otras enfermedades. Todo esto produjo entre los supervivientes un nuevo sentimiento de respeto hacia los indios y un saludable temor al clima canadiense. Cuando se embarcaron para regresar a Europa en mayo de 1536 —después de secuestrar al cacique local para exhibirlo en Francia—, ya tenían una visión menos rosa de las perspectivas que ofrecía la nueva tierra.

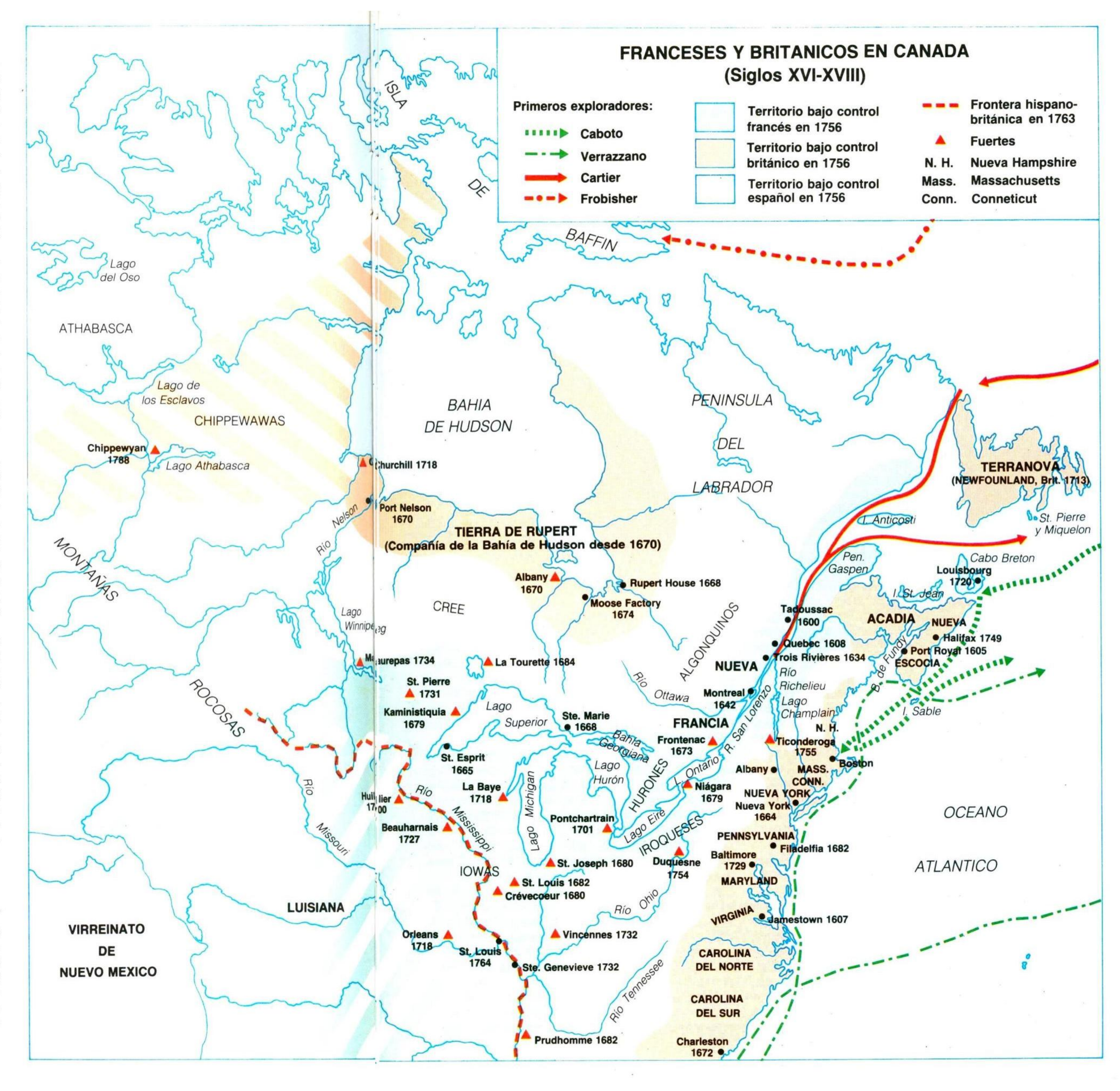
Fueron necesarios cinco años para que Cartier realizara lo que sería su tercer viaje. Mientras los dos primeros habían constituido un éxito, éste, en general, fue un fracaso. No tenía el mando, ya que el favor real había sido concedido a un noble picardo llamado Sieur de Roberval. Esta vez su misión era establecer una colonia. El embajador español protestó ante Francisco I, afirmando que esto suponía violar varios tratados, particularmente el de Tordesillas. Francisco le replicó con la famosa observación de que quería *ver el testamento de Adán donde se repartió el mundo entre España y Portugal*.

La gracia duró mucho más que la colonia. Cartier partió en 1541, pasó el invierno cerca de la ciudad de Quebec y, tras sufrir varios ataques de indios y numerosas enfermedades, abandonó y zarpó para Francia con los supervivientes. En el camino de vuelta se cruzó con Roberval, que había tardado todo el año en los preparativos —nunca había navegado antes—, pero éste no tuvo mayor éxito. Pronto su colonia fracasó igualmente. Su episodio más interesante es la historia de la sobrina de Roberval, Marguerite de la Rocque.

El comandante era un calvinista estricto que cuando halló a su sobrina divirtiéndose con su amante la abandonó en una isla del golfo de San Lorenzo. Con la joven quedaron su vieja aya y su amante, que se tiró por la borda galantemente y llegó a tierra a nado para acompañarla. El amante y el aya murieron durante el primer invierno, pero Marguerite, que estaba hecha de otra madera, sobrevivió dos años y medio, hasta que un barco de pesca francés que pasaba por allí la rescató. A salvo en Francia, logró que su historia circulara ampliamente para descrédito de Roberval. A sus compatriotas no les pareció muy francés abandonar a una joven bonita por una cuestión de amor.

Cuatro siglos de búsqueda

Esto fue prácticamente el fin de los esfuerzos franceses en Canadá durante el siguiente medio siglo. Las fases tardías de las guerras entre Habsburgos y Valois, y luego, aún más, las guerras de religión francesas —un nombre demasiado refinado para una serie de conspiraciones, motines, emboscadas, asesinatos y masa-



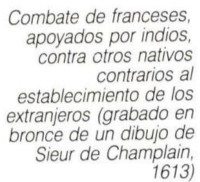
cres con el relieve de alguna que otra batalla honesta— absorbieron los intereses de Francia. Ocasionalmente, la lucha religiosa interna produjo algún esfuerzo colonizador, pero todos acabaron en fracasos. En el norte, la acción más notable fue el establecimiento de una colonia en la isla Sable, un yermo banco de arena a unas cien millas de la costa de Nueva Escocia y lugar de innumerables naufragios desde la época de la exploración hasta hoy. Sesenta colonos, todos presidiarios, partieron en 1598. Cinco años más tarde los once únicos supervivientes fueron devueltos a Francia.

Mientras tanto, el interés por el norte se había desplazado a Inglaterra. Durante los últimos años del siglo XVI, bajo el reinado de la reina Isabel, los ingleses iniciaron una serie de intentos privados de exploración y expansión. Después de lograr por fin cierto grado de estabilidad interior, se sintieron motivados por diversos factores: el deseo de llegar al Oriente, un violento anticatolicismo y una ambición igualmente intensa de enriquecerse. Demasiado débiles para desafiar el dominio hispano-portugués en los mares del sur, buscaban rutas alternativas a Asia. Intentaron hallar una hacia el este por el norte de Europa y fracasaron; trataron de ir por tierra a través de Europa oriental y Asia central y también fracasaron, aunque en un momento determinado Iván *el Terrible* ofreció casarse con alguna de las doncellas de Isabel con la finalidad de crear firmes relaciones diplomáticas. Al fin, intentaron encontrar una ruta norte-oeste.

La búsqueda de ésta se convirtió en uno de los principales temas de descubrimiento y exploración a partir del siglo XVI hasta que, finalmente, ya en 1906, Roald Amundsen lo logró. Durante casi cuatrocientos años fue testimonio del sublime coraje con el que los seres humanos persiguen ideas que, en sí, pueden ser totalmente absurdas. Porque, al principio de la búsqueda, nadie sabía si tal ruta existía o no. A los europeos les pareció que debería haber un estrecho por la parte norte del nuevo mundo. Después de todo, la parte sur se estrechaba en una punta fina, así que la norte debería tener la misma forma. Puesto que deseaban que estuviera allí, dijeron que estaba y lo único que faltaba por hacer era encontrarlo. Y, ya que varias personas que se consideraban autoridades aseveraban que el estrecho existía, aceptaron esa valoración propia y fueron hacia allí, y murieron en el intento por descubrirlo. Claro está que ninguno esperaba morir. Confiaban en llegar al Oriente y ser fabulosamente ricos, por la gloria de Dios, Inglaterra y ellos mismos, aunque no necesariamente en este orden.

Así que año tras año durante la última parte del siglo XVI, caballeros intrépidos organizaron sus pequeñas expediciones y marcharon allá. Sus relatos son perturbadoramente repetitivos. Cada vez que llegaban un poco más al norte, o un poco más al oeste, se veían encerrados por el hielo o la tierra, o descubrían que, por algún motivo, la pista seguida era falsa. Pero siempre estaban seguros de que justo al otro lado del próximo promontorio, o a través del próximo canal estrangulado por el hielo, el estrecho mágico se abriría. Si el clima, la enfermedad o el desánimo de los tripulantes no les detuvieran, dado que la ruta estaba allí, seguramente con el próximo viaje, o el otro, se lograría el gran descubrimiento.





Combate de franceses, apoyados por indios, contra otros nativos contrarios al establecimiento de los extranjeros (grabado en bronce de un dibujo de Sieur de Champlain, 1613)

Así, partían, resistían y fracasaban, pero volvían a intentarlo una y otra vez. En 1576 Martin Frobisher llegó hasta una larga bahía en la parte sur de la isla de Baffin. Después de bautizarla con su propio nombre, regresó con el barco cargado con lo que esperaba fuera oro, pero resultó ser pirita de hierro. Varios años más tarde, John Davis exploró la costa occidental de Groenlandia. Durante la primera década del nuevo siglo Henry Hudson exploró el mar de Groenlandia y llegó a Spitzbergen. En 1610 encontró el estrecho de Hudson y luego la gran bahía que conducía al sur, posteriormente bautizada con su nombre. Su tripulación se amotinó y le abandonó a la deriva.

En 1613 los ingleses llegaron a la orilla occidental de la bahía de Hudson y al río Nelson. No lo sabían, pero éste formaba parte de un sistema que les habría llevado hasta las Rocosas. Estaban a medio camino en el cruce del continente, pero nunca encontraron el estrecho mágico. Hasta pasado otro medio siglo no se aprovecharían sus derechos y descubrimientos para organizar la *Compañía de la Bahía de Hudson.*

Los pioneros

Finalmente, por tanto, la colonización de Canadá les tocó en suerte a los franceses por falta de competencia. Varios esfuerzos para establecer colonias en áreas controladas por España o Portugal salieron mal debido a la vigorosa reacción de éstos o por la tendencia de los franceses católicos y los franceses hugonotes a matarse entre sí. Finalmente, en 1603, una nueva figura de la talla de Cartier entra en el escenario: Samuel de Champlain. Nacido en Saintonge, en Brouage, era un soldado y caballero maduro de treinta y tantos años cuando se interesó por la exploración y la colonización. Se unió a un grupo que había heredado el comercio de pieles y otros monopolios de los organizadores de la colonia de la isla Sable y partieron para convertir perspectivas en realidades.

En 1603 exploraron el San Lorenzo hasta los rápidos más arriba de Montreal, a los cuales llamaron sarcásticamente *La Chine.* Intentaron y fracasaron en fundar un pequeño asentamiento junto al río. Después se trasladaron a la costa atlántica, exploraron la bahía de Fundy e invernaron en una pequeña isla en el río Ste. Croix, la frontera actual entre Estados Unidos y Canadá. En la primavera cruzaron la bahía hacia la actual Nueva Escocia, a la que llamaron *Acadia,* y establecieron un pequeño asentamiento en Port Royal, el primer poblado europeo al norte de la Florida española. En 1607 Champlain regresó a Francia.

Al año siguiente estaba de vuelta y fundó un asentamiento en Quebec, donde Cartier había pasado su primer invierno en 1535-36. Esta vez tuvo éxito. Durante los siguientes años Champlain exploró el área alrededor de Quebec, hacia el sur por el río Richelieu hasta el lago que lleva su nombre, hacia el norte y oeste por el río Ottawa hasta más allá del lugar que ocupa la actual capital de Canadá, y en 1615 hasta la bahía Georgiana, lo que le situaba en la parte superior de los Grandes Lagos, hacia el corazón de lo que sería la tierra del comercio de las pieles. Un factor clave de su éxito fue una alianza con las tribus locales de indios, los hurones y los algonquinos, contra sus antiguos enemigos, los iroqueses —una alianza que creó el marco para las futuras guerras entre ingleses, franceses e indios de finales de los siglos XVII y XVIII.

Quebec no floreció precisamente, pero sí sobrevivió. En el comercio de las pieles, especialmente en la del castor —idónea para la fabricación de sombreros de felpa—, los franceses encontraron una fuente de capital que haría que su colonia fuera económicamente viable. El apoyo de la metrópoli continuó siendo esporádico, pero había justo lo suficiente para autoabastecerse. Los primeros misioneros, frailes de la orden de los recoletos, llegaron en 1615. Los jesuitas les siguieron diez años más tarde. Lentamente se construyó una base de granjeros, artesanos y comerciantes. El bosque situado a las orillas del gran río fue talado y Quebec empezó a ramificarse. En Acadia, recios pioneros de Normandía y Bretaña construyeron diques junto a los prados, resistieron las fortísimas mareas —las más altas del mundo—, pescaron en las abundantes aguas y crearon sus propios y pequeños asentamientos. Lo único que realmente querían era que les dejaran en paz. Desafortunadamente para ellos habían elegido un mal sitio, ya que Acadia se convirtió en el lugar de encuentro de la rivalidad y antagonismo anglo-francés por el dominio de América del Norte, pero esto es una historia posterior.

A finales de la década de 1620 era claro que los franceses estaban allí para quedarse. Quebec adquiría un carácter específico reflejado en los granjeros *habitants*, intrépidos tramperos de pieles que viajaban incansablemente a través de los bosques, misioneros —sacerdotes y monjas— heroicos y a menudo mártires, y —los últimos en llegar— los oficiales del gobierno real, escribanos e intendentes cuya labor consistía en conseguir que la colonia creciera por el buen camino, de acuerdo con la visión de los hombres que dirigían los asuntos desde París y, más tarde, desde Versalles.

El gran cardenal Richelieu se interesó personalmente por las cuestiones coloniales, como hizo en todo lo demás. Algo imperfectamente, percibió lo que su sucesor, Colbert, formularía claramente: Francia se había embarcado en una campaña de hegemonía de Europa. Los siglos de gloria de España estaban pasando, pero los de Francia acababan de empezar. Richelieu decía a menudo que su meta era hacer que la Corona consiguiera la supremacía en Francia y que Francia consiguiera la supremacía en Europa. Para que así fuera, Francia necesitaba ahora un Imperio, porque ya en el siglo XVII el poderío europeo estaba convirtiéndose en poderío mundial.



A principios del siglo XVII los asentamientos franceses tenían consistencia; campesinos y cazadores tenían riquezas suficientes como para considerar prósperas sus colonizaciones. Arriba, izquierda, *colonos en invierno (pintura de mitad del siglo XIX).* Derecha: *canoas en la niebla (escena, pintada por Frances A. Hopkins, Museo Glenbow Calgary)*

Con esta finalidad, los franceses comenzaron a realizar un esfuerzo consciente para crear un Imperio racional, cartesiano, donde todas las piezas encajasen apropiadamente. Canadá iba a ser una parte íntegra, aunque subordinada, de este todo. Los años medios siglo XVII vieron la batalla de Rocroi, la paz de Westfalia, la guerra de la Fronda y el advenimiento de Luis XIV. La época de exploración tocaba su fin y comenzaba la expansión y conflicto imperial, pero las intrigas de Richelieu y Colbert, como los sueños de Cartier y Champlain, iban a tener finales bien distintos de los que sus autores hubieran podido imaginar.



Imperios en conflicto (1635-1783)

Barry Moody
Departamento de Historia Universal de Acadia, Wolfville, Canadá

CUANDO murió Champlain en Quebec, 1635, muchas de las bases para el desarrollo de la mitad septentrional de América del Norte ya estaban configuradas. Francia, atraída por las perspectivas que ofrecían las pieles, el pescado y la emigración de conversos, había conseguido establecerse precariamente tanto en el río San Lorenzo como en Acadia. Inglaterra poseía colonias mejor situadas más al sur, una presencia real en los caladeros de la costa de Terranova y moderadas reclamaciones respecto a Acadia. Durante los próximos ciento cincuenta años, los intereses conflictivos y las rivalidades seculares entre los dos países contribuirían en gran medida a forjar y perfilar el futuro de lo que un día sería Canadá.

A mediados del siglo XVII, ni Francia ni Inglaterra habían prestado mucha atención a esta región de América del Norte. Ambos países habían sufrido una inestabilidad política interna que condujo a la guerra civil y, a diferencia de España y Portugal, no estaban en posición de realizar ningún movimiento importante en el Nuevo Mundo. En todo el Imperio francés en América del Norte había menos de mil habitantes europeos, y éstos estaban en gran medida abandonados y olvidados por el gobierno de la metrópoli. Las ricas pieles del territorio atraían hacia el río San Lorenzo a comerciantes y tratantes franceses, y algunos europeos ya habían empezado a desbrozar y labrar la tierra.

Pero eran los misioneros de la Iglesia católica, especialmente los jesuitas, quienes dominaban esta época del desarrollo de Nueva Francia. Profundamente comprometidos en la conversión al cristianismo de los nativos norteamericanos, fundaban misiones entre los amistosos algonquines y hurones e, incluso, entre las tribus hostiles de los iroqueses. Para fomentar esta gran labor, en 1639 se creó en París la *Société de Notre-Dame de Montréal.* Con el dinero recaudado en Francia y el enérgico liderazgo de Paul de Chomedey de Maisonneuve, en 1642 se estableció una nueva colonia religiosa, Ville-Marie, en una isla del río San Lorenzo. La actual ciudad de Montreal —hoy la segunda población más grande de Canadá— nació de esta manera.

La importancia del comercio de las pieles, sin embargo, pronto echaría a perder muchos de estos planes para la colonia. Las tribus iroquesas, con su centro justo al sur de los Grandes Lagos, querían controlar el flujo de las pieles ha-

cia los enclaves europeos, y estaban empeñadas en evitar que se estableciesen estrechos contactos entre los hurones y los franceses. Con el tiempo, esto condujo a la destrucción total de las misiones francesas existentes y, de hecho, a la masacre de los mismos hurones. Además, dado que Montreal estaba tan bien situada en el río San Lorenzo, la vía principal hacia el interior, pronto se convirtió en el centro de comercio más importante en Nueva Francia, lo que provocó la destrución de la misión religiosa creada por sus fundadores.



Hacia 1660, la negligencia del gobierno francés, la hostilidad de los iroqueses y el descenso de los beneficios del comercio de las pieles llevaron la colonia al borde del desastre. Sin embargo, en 1661, el joven rey francés Luis XIV pasó a encargarse de los asuntos de gobierno y, al año siguiente, fijó su atención en el Nuevo Mundo. A lo largo de la siguiente década, el monarca y su competente ministro Colbert intentarían rehacer y fortalecer el Imperio de ultramar. Les ayudó en esta labor uno de los administradores más capaces con los que cantó la colonia. Jean Talon fue nombrado intendente de Nueva Francia, responsable de la organización de la economía y encargado de favorecer el aumento de la población. Bajo su vigoroso liderazgo se logró mucho, pero las guerras expansionistas en Europa distrajeron la atención de Luis XIV de su Imperio de ultramar y el desarrollo de Nueva Francia acabó languideciendo.

Aunque la población de la colonia creció muy despacio, durante el siglo XVII la extensión de la misma aumentó mucho. Exploradores, misioneros y tramperos penetraron muy al oeste, norte y sur —algunos llegaron hasta las Rocosas—, lo que permitió que Francia reclamara una parte cada vez mayor de América del Norte. Tal expansión, sin embargo, no tardó en llevar a Francia a un conflicto con el Imperio inglés, que se desarrollaba lentamente en la misma zona.

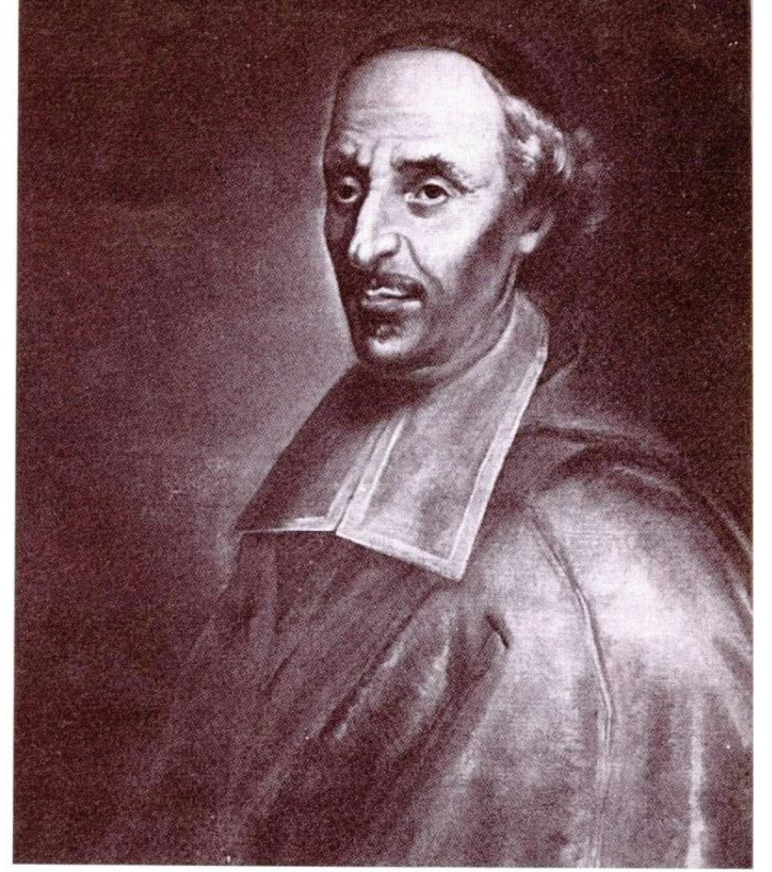
En 1670, el gobierno inglés dio una carta de explotación a una nueva empresa del comercio de las pieles, la *Compañía de la Bahía de Hudson* —hoy la más antigua de las empresas canadienses—, con el fin de dominar este lucrativo comercio en el área. Esto pronto se convirtió en la principal amenaza al control francés de esta actividad e hizo aumentar las tensiones entre los dos países. Otros conflictos surgían a medida que los franceses avanzaban por los valles de los ríos Ohio y Mississippi, amenzando la seguridad de las Trece Colonias inglesas. La guerra intermitente, con incursiones fronterizas, masacres de civiles y alianzas con los indios, pronto llegó a ser un asunto habitual en el panorama de América del Norte.

«Habitants» y «seigneurs»

A pesar de la confrontación internacional y la incertidumbre de la vida cotidiana, las fuertemente arraigadas poblaciones francesas empezaban a evolucionar. Aunque el comercio de las pieles continuó siendo extremadamente importante, la agricultura adquirió cada vez más prominencia. Toda la tierra pertenecía al rey, puesto que los franceses, como la mayoría de los europeos de la época, no reconocían los derechos a la tierra de los indios nativos. El rey solía hacer grandes concesiones de tierra a hombres



Izquierda: *Louis de Bouade, conde de Frontenac, gobernador del Canadá francés (escultura por P. Hébert, Quebec).* Derecha: *François Laval, primer obispo del Canadá (Museo del Seminario de Quebec)*



con dinero y posición o, a veces, a la Iglesia.

Estos, a su vez, repartían las tierras entre los granjeros arrendatarios, o *habitants,* como más tarde fueron conocidos en Nueva Francia. Estos *habitants* cultivaban la tierra y construían sus casas y cada año debían pagar al terrateniente o *seigneur* una renta. El terrateniente, a su vez, debía pagar su cuota al rey. De esta forma, el *seigneur* se convirtió en la unidad básica de asentamiento en la colonia, creando gran parte de su estructura social. La tierra pasaba de generación en generación entre los *habitants,* pero no sería hasta el siglo XIX cuando la mayoría de esta gente adquiriese de hecho la propiedad de la tierra que ellos y sus antepasados habían cultivado durante tanto tiempo.

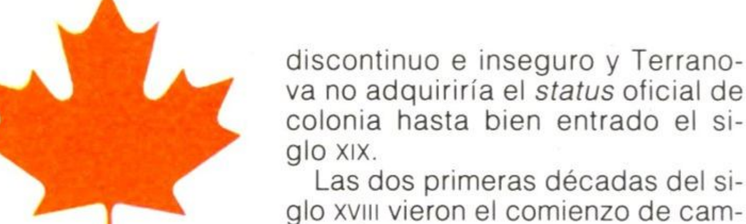
Tras el inicial interés de Luis XIV, la emigración no recibió grandes estímulos por parte de la madre patria, así que la población se mantuvo escasa. Sin embargo, una tasa de natalidad muy alta, alentada por la Iglesia y el Estado, junto con un clima muy salubre y alimentos nutritivos, garantizaba su constante aumento. A pesar de las dificultades de su vida cotidiana y los peligros que las —a veces— hostiles tribus nativas creaban, está claro que los colonos de Nueva Francia estaban mejor situados económicamente y llevaban una vida más sana y confortable que la de sus semejantes en Francia. Ya hacia 1650 estos colonos habían comenzado a considerarse diferentes. Ciertamente, aún eran franceses, pero de algún modo eran más que eso, eran *canadeans,* como empezaban a llamarse.

Abandono francés

Durante el resto del siglo XVII, la existencia de la colonia continuó siendo precaria. El comercio de las pieles, dependiente como estaba de las fluctuaciones de la moda en Europa, era una base insegura para su economía. Luis XIV no tenía interés en estimular, y algunas veces ni en autorizar, a un gran número de ciudadanos franceses que se traladase al Nuevo Mundo. A la extensa población protestante —los hugonotes— no se le permitió salir del país, de manera que este gran grupo de potenciales colonos no estaba disponible. Mucho del éxito, o fracaso, de la colonia dependía de la calidad de liderazgo que llegaba desde la metrópoli para gobernar en nombre del rey. Algunos de los gobernadores e intendentes eran hombres de excepcional capacidad, mientras que otros eran ineficaces y a veces deshonestos e incompetentes.

El más conocido de los gobernadores, anterior a 1700, fue sin duda el pintoresco Louis de Buade, conde de Frontenac, que sirvió en Nueva Francia desde 1672 a 1682 y de nuevo desde 1689 hasta su muerte en 1698. Sus ambiciones, su soberbia y su genio le crearon bastantes problemas con los hombres con quienes compartía el poder, causando tensiones y a veces, incluso, choques abiertos. Estimuló una gran expansión del comercio de las pieles hacia el interior de América del Norte y se embarcó en una serie de mal aconsejadas incursiones contra las tribus nativas y los colonos ingleses al sur. Muchas de sus acciones políticas le llevaron a un conflicto directo con la cabeza de la Iglesia católica en Canadá, el obispo Laval. Este hizo mucho para asegurar que la colonia permaneciera sólidamente católica y que las ideas *peligrosas* de la metrópoli se mantuvieran alejadas de ella. No a todos les gustaban la política restrictiva y los métodos autocráticos utilizados por Buade.

Hacia 1700, la colonia, aunque poco poblada y muy extensa, se había establecido de manera firme en las orillas del río San Lorenzo. Se trataba, como se ha dicho, de una sociedad francesa, católica, que basaba su economía en la agricultura y el comercio de pieles. Aún era muy dependiente de Francia, pero los sucesores de Luis XIV ni tenían gran interés en Nueva Francia, ni estaban convencidos de que mereciera la pena tener un imperio de ultramar. Salvo excepcionales momentos de interés y actividad, la colonia permaneció olvidada durante el siguien-



te medio siglo. El desarrollo de la otra colonia francesa en lo que un día sería Canadá era algo diferente del de Nueva Francia. Acadia, en la costa atlántica —aproximadamente las actuales provincias canadienses en Nueva Escocia, la isla del Príncipe Eduardo, Nueva Brunswick y el Estado norteamericano de Maine—, había sido colonizada inicialmente por Champlain y otros comerciantes de pieles en 1604 y era conocida por los pescadores al menos un siglo antes de esa fecha. Aunque los escoceses habían intentado establecer un asentamiento allí en 1629 —de ahí el nombre de Nova Scotia o Nueva Escocia que se aplicaba a toda el área y todavía hoy es utilizado como uno de los nombres provinciales—, los franceses normalmente habían logrado el reconocimiento a sus reclamaciones sobre esta zona.

Comercio en declive

Sin embargo, el comercio peletero pronto entró en declive debido a la masiva caza de los animales, y los escasos comerciantes y artesanos enviados por las empresas de pieles se vieron obligados o a volver a Francia o a buscar otro medio de supervivencia. La mayoría se dedicaba a la tierra, construyendo diques para proteger de la acción del mar las bajas marismas saladas que se encuentran en algunas zonas de la bahía de Fundy. Con esta rica tierra, un mercado muy bueno —aunque ilegal— en la cercana ciudad de Boston y mucho y duro trabajo, los acadienses —como llegaron a llamarse— se hallaron pronto prósperos y satisfechos. Eran tan pocos numéricamente —menos de dos mil en 1700— y la colonia de Acadia tan poco importante a los ojos del gobierno francés que se les permitió desarrollarse a su antojo, en general libres de las injerencias —y de la ayuda— de la madre patria.

Otra parte de lo que en su día sería Canadá ya había merecido considerable atención europea y era foco de crecientes disputas, especialmente entre Francia e Inglaterra. Los increíblemente ricos caladeros existentes cerca de las costas de Terranova habían atraído a los pescadores de Europa ya antes del célebre viaje de descubrimiento de Colón en 1492. El control sobre este enorme recurso era uno de los premios más ricos que América del Norte ofreció durante el período colonial. Cada año centenares de barcos europeos cruzaban el Atlántico para pescar en los bancos próximos a la isla, iban a tierra para secar la pesca, recoger leña y conseguir agua dulce. Paulatinamente, algunos de estos pescadores se establecieron allí y, lentamente, la población europea de Terranova se vio incrementada. Pero dado que ni Francia ni Inglaterra deseaban establecer una colonia civil permanente en la isla, su desarrollo iba a ser discontinuo e inseguro y Terranova no adquiriría el *status* oficial de colonia hasta bien entrado el siglo XIX.

Las dos primeras décadas del siglo XVIII vieron el comienzo de cambios decisivos en estas colonias. Inglaterra, instada por sus otras colonias en América del Norte, decidió hacer todo lo posible para expulsar a los franceses de la zona. De hecho, está claro que ambas partes sentían que América del Norte era demasiado pequeña para dos potencias imperiales; una u otra tendría que salir triunfante. Durante la guerra de Sucesión española (1702-1713), Inglaterra organizó varias campañas para extender su Imperio, mientras que Luis XIV tenía más interés en reforzar su poder en la misma Europa. Una fuerza combinada de Inglaterra y algunas de sus colonias conquistó Acadia en 1710 y continuó la campaña con un ataque fracasado contra Nueva Francia al año siguiente. El tratado de Utrecht, firmado en 1713, redujo seriamente el Imperio francés en América del Norte, puesto que reconoció la posesión inglesa de Acadia —que ahora se llamaría Nueva Escocia—, Terranova y el área que rodea la bahía de Hudson.

La hora de Inglaterra

El tratado dio control a Inglaterra no sólo sobre Acadia, sino también sobre los colonos que residían allí. A los acadienses se les ofreció la opción de marchar a otro dominio francés o de permanecer en la colonia convirtiéndose en súbditos británicos. El territorio ya había cambiado de manos varias veces anteriormente y los colonos siempre habían sido ignorados y abandonados, pero rara vez maltratados. En consecuencia, decidieron quedarse en sus buenas tierras con la esperanza de que les volvieran a dejar en paz. Y así fue durante muchos años. El gobierno inglés abandonó Nueva Escocia exactamente como los franceses habían hecho antes. Pocos colonos ingleses llegaron para perturbar la vida tranquila y próspera de los acadienses y las cosas continuaron prácticamente igual que antes. A mediados del siglo, sin embargo, la situación cambiaría trágicamente.

Enfrentada a la pérdida de parte de su Imperio norteamericano, Francia llevó a cabo acciones espectaculares durante los años inmediatamente posteriores a la guerra. Se planeó la fortificación nueva y completa de la isla Royale —la isla de Cabo Bretón—, tanto para proteger San Lorenzo y los intereses franceses en los caladeros como para usarla como base para una nueva ofensiva francesa. Louisbourg era la ciudad amurallada más grande jamás construida en Norteamérica y pronto adquirió la fama de ser invulnerable *—el Dunkerque de América del norte,* se le llamaba—. Provocó orgullo y confianza

entre los franceses y temor entre sus enemigos. En 1745, durante la guerra de Sucesión austriaca, tropas de Nueva Inglaterra, ayudadas por la Marina británica, asediaron Louisbourg y la tomaron solamente para ser devuelta a Francia por los términos de la paz firmada tres años más tarde. Ocupada de nuevo por los ingleses en 1758, la fortaleza fue destruida en 1760. Actualmente, la fortaleza de Louisbourg es un parque nacional histórico y constituye la reconstrucción más grande jamás emprendida en Canadá.

La década de 1750 resultó ser una etapa decisiva para todo el Imperio francés en América del Norte y no sólo en lo que respecta a Louisbourg. Francia e Inglaterra se enfrentaban en una lucha decisiva por la hegemonía en el área. Ya habían empezado a combatir incluso antes de la declaración oficial de guerra en 1756; los acadienses sufrieron las primeras bajas.

Lealtad a Gran Bretaña

En 1755, tras varios años de intentar persuadir a los canadienses para que prestaran el juramento de lealtad a Gran Bretaña, el gobernador de Nueva Escocia decidió que su pequeña colonia se hallaba en grave peligro. En su preocupación por la colonia, Charles Lawrence calculó mal la amenaza representada por los neutrales acadienses, pero, no obstante, éstos fueron enviados al exilio. Aproximadamente, 8.000 de los 10.000 colonos francoparlantes de Nueva Escocia fueron expulsados, obligados a buscar nuevos hogares y formas de vida en otros lugares de América del Norte y en Europa. Con el tiempo, algunos buscaron refugio en la colonia española de Luisiana, donde aún residen sus descendientes, llamados *cajuns*. Algunos volvieron a la región marítima de Canadá, donde aportaron una dimensión francesa importante dentro de una población mayoritariamente anglófona. La expulsión de los acadienses se convirtió en un episodio muy popular en el siglo XIX, principalmente debido a la publicación de la poesía *Evangeline,* de Henry Wadsworth Longfellow.

Cuando estalló la Guerra de los Siete Años, en 1756, Inglaterra decidió dedicar buena parte de su atención a América del Norte, mientras que Francia, bajo Luis XV, había desarrollado una política que virtualmente implicó el abandono de su Imperio. Por tanto, el desenlace final de la lucha era previsible. En 1759 una gran fuerza inglesa bajo el mando del general James Wolfe se enfrentó con los franceses mandados por el general Louis-Joseph Montcalm junto a las murallas de Quebec. La batalla de los Campos de Abraham, en la cual ambos comandantes murieron, se considera como punto decisivo en la historia canadiense. Con la rendición de Quebec en el otoño de 1759, sólo la llegada de una gran fuerza francesa, tanto militar como naval, en la siguiente primavera hubiera podido

Cronología de Canadá

Hace unos 75.000 años. Inicio de las inmigraciones procedentes de Siberia a través del paso de Bering.

1000: Establecimiento de la primera colonia vikinga en Terranova.

1497: El rey inglés Enrique VII envía a John Cabot hacia las costas de Cathay (China) y éste alcanza las de Canadá.

1534: Francisco I de Francia envía al expedicionario Cartier, que llega a Terranova y al golfo de San Lorenzo.

1535: Segundo viaje de Cartier, que llega hasta el lugar donde se eleva la actual Montreal.

1541: Tercer viaje de Cartier. Ahora, Roberval tiene el mando.

1576: Martin Frobisher llega al sur de la isla de Baffin.

1583: Ocupación de Terranova por el aventurero inglés Gilbert.

1600: Por mandato de Enrique IV de Francia, Pierre Chavin establece el monopolio comercial en el San Lorenzo.

1603: Samuel de Champlain explora el San Lorenzo, hasta 1607. John Davis explora la costa occidental de Groenlandia.

1604: Primeras actividades de la colonia de Acadia.

1608: Champlain funda la primera colonia permanente en el San Lorenzo.

1610: Hudson descubre la bahía que lleva su nombre.

1613: Exploraciones inglesas en las costas occidentales de la bahía de Hudson.

1615: Champlain llega hasta el norte de los Grandes Lagos. Llegada de los primeros misioneros europeos: agustinos recoletos, franciscanos y jesuitas.

1628: Establecimiento de colonos franceses en Quebec, los *habitants*.

1629: Emigrantes escoceses fundan la colonia de Nova Scotia.

1639: Creación en París de la *Société de Notre-Dame de Montréal*.

1642: Chomedey de Maisonneuve funda la colonia de Ville-Marie.

1650: Crisis económica, pero afirmación de la propia identidad de los colonos.

1661: Colbert, ministro de Luis XIV, impulsa las tareas exploratorias y colonizadoras.

1664: Inglaterra ocupa Nueva Amsterdam —la actual Nueva York— y comienza a presionar desde el sur.

1670: El Gobierno británico concede carta de explotación a la *Hudson Bay Company*.

Inicio de las hostilidades entre franceses e ingleses.

1672: Louis de Buade, conde de Frontenac, gobernador de la Nueva Francia hasta 1682.

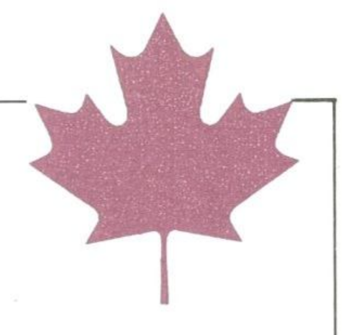
1689-1697: *Guerra del rey Guillermo* entre franceses e ingleses.

1702-1713: *Guerra de la reina Ana* entre los mismos contendientes.

1710: Soldados y colonos ingleses ocupan Acadia.

1713: Por el tratado de Utrecht, el Imperio francés en América se ve reducido en provecho de Inglaterra.

Resistencia de las escuelas católicas a la asimilación con las anglicanas.



1745: Como efecto de las guerras en Europa, fuerzas inglesas atacan y ocupan la plaza fuerte de Louisbourg.

1749: Fundación de la ciudad de Halifax, en Nova Scotia.

1756: Declaración oficial de guerra entre Francia e Inglaterra. Será la *Guerra de los Siete Años.* Batalla de los Campos de Abraham.

1758: La plaza clave de Louisbourg es tomada y destruida en 1760.

Nueva Escocia conoce las primeras formas de autogobierno democrático.

1763: Por el Tratado de Paz, la mayor parte del territorio colonial francés pasa a poder de Inglaterra.

1764: Auge de la prensa en las colonias. Destacan la *Quebec Gazette* —en inglés— y la *Gazette Litteraire* —en lengua francesa.

1770: Primer gobierno inglés en la isla del Príncipe Eduardo.

1774: Lord Dorchester soluciona provisionalmente diferencias internas surgidas en la colonia. Presencia española en el Pacífico.

1775: Inicio de la guerra de independencia de las Trece Colonias americanas.

1783: Fin de la guerra. Fuerte emigración de *leales* hacia el norte.

1784: Alexander Mackenzie llega al Artico por el río que lleva su nombre.

1791: Por Ley Constitucional, Quebec es dividido en dos provincias: Alto Canadá y Bajo Canadá.

1793: Mackenzie atraviesa los territorios de occidente y alcanza el Pacífico.

1812: Estados Unidos, en guerra contra la Francia imperial. Delimitación de las fronteras con el actual Canadá.

1815: Auge de la inmigración, sobre todo de escoceses.

1821: Fusión de la *Northwestern Company* y la *Hudson Bay Company.*

1825: Termina la construcción del canal que une el Atlántico con los Grandes Lagos.

1830: Inicio de una etapa de fuerte depresión e incidencia de cólera.

1837: Rebeliones generalizadas en todas las colonias.

1846: Los límites occidentales se trasladan desde las Rocosas al Pacífico.

1848: Régimen de autodeterminación local para las dos colonias francesas.

1854: Tratado de reciprocidad con Estados Unidos. Fuerte auge económico, seguido de una crisis agraria.

1864: Inicio de las conversaciones dirigidas a la unificación de ambas colonias.

1866: Unificación del territorio de Columbia y la isla de Vancouver.

1867: *Día 1 de julio:* Ley Constitucional unificadora de cuatro provincias: Nueva Escocia, Nueva Brunswick, Quebec y Ontario. Se prevé la ulterior inclusión de los demás territorios, que se realizará de forma progresiva.

1870: Tendencias segregacionistas en el valle del Río Rojo.

1881: Inicio de la construcción del ferrocarril transcontinental Montreal-Vancouver.

1885: Nuevo brote de segregacionismo en varias provincias.

1895-1898: Incorporación de los territorios del norte: Mackenzie, Franklin y Yukon.

1899-1902: Participación canadiense en la guerra del Transvaal.

1900: El Partido Conservador, que gobierna desde 1867, pierde las elecciones. Primer Gobierno liberal.

1905-1912: Establecimiento de las provincias de Alberta, Saskatchevan y Manitoba.

1914-1918: Participación canadiense en la Primera Guerra Mundial.

1927: Canadá, miembro de la Sociedad de Naciones. El Estatuto de Westminster le concede la plena autodeterminación en materias diplomáticas.

1931: Marcados efectos de la crisis económica internacional. Liberales y conservadores se turnan en el poder.

1939: Canadá declara la guerra a la Alemania nazi. Inicios de recuperación económica.

1948: Victoria liberal y reformas de las estructuras económicas.

1949: La isla de Terranova pasa a integrarse en el conjunto canadiense.

1950-1953: Intervención en la guerra de Corea.

1951-1956: Fuerzas canadienses, estacionadas en Europa. Intervención en Oriente Medio.

1957: Crisis económica y triunfo del Partido Conservador.

1963: Triunfo de los liberales y auge de la crítica contra los EE. UU.

1967: El presidente de la República francesa lanza el grito de *¡Viva Quebec libre!*

1970-1972: Período de gran inestabilidad provocada por los elementos separatistas francófonos. Declaración del estado de guerra en todo el país.

1972: Canadá, miembro observador en la Organización de Estados Americanos.

1976: Abolición legal de la pena de muerte.

1979: Fracaso económico de los gobiernos conservadores.

1980: Triunfo liberal. Referéndum en Quebec: rechazo a los independentistas.

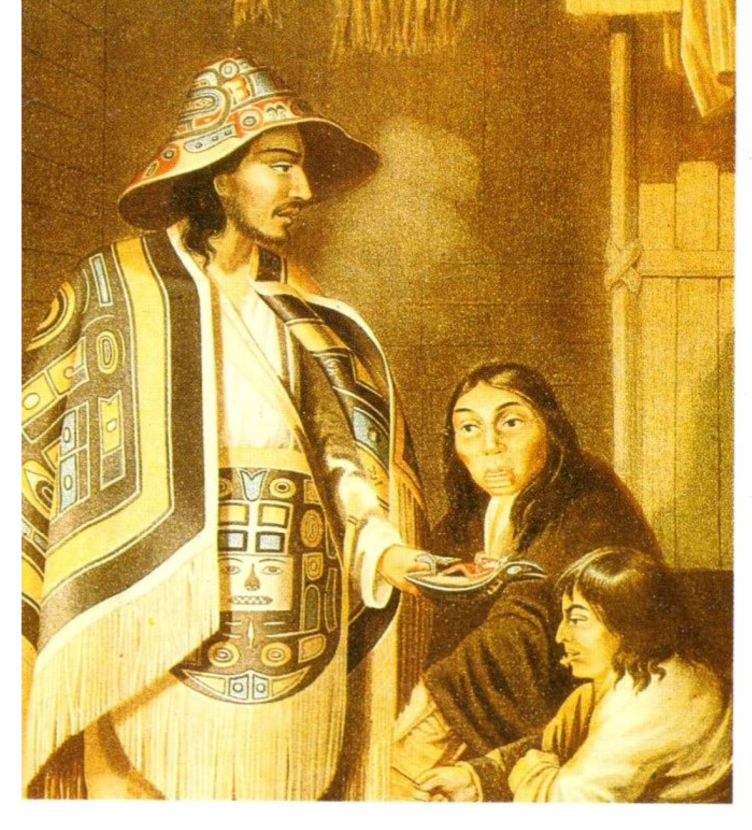
1982: Isabel II promulga la nueva Acta Constitucional: traspaso a Canadá de la absoluta autoridad legal y estatutaria.

1984: Victoria electoral del partido progresista-conservador.

1985: Canadá apoya el plan de defensa estratégica de EE. UU.

1987: Fundamental acuerdo económico con EE. UU. para la eliminación de las barreras aduaneras. Reforzamiento de la estrategia militar en el Gran Norte.

1988: Victoria electoral conservadora: apoyo al sistema de *libre cambio y mercado común* con EE. UU. Reconocimiento de los derechos de los pobladores originarios del país.







Izquierda: *familia de indios tingit*

evitar el colapso total del Imperio francés, pero jamás fue enviada fuerza semejante. El tratado que puso fin a la guerra en 1763 reconoció la transferencia de casi todo el Imperio francés en América del Norte a los ingleses y señaló una nueva fase en el desarrollo de Canadá.

La coexistencia dual

Pero ¿qué hacer con los aproximadamente 65.000 colonos de origen francés que vivían en Nueva Francia? El enemigo, de quien habían oído tantas historias terribles, por fin había llegado y ahora tenía el control de la colonia. De acuerdo con las condiciones del tratado, a los canadienses se les debía permitir permanecer pacíficamente en la nueva colonia británica. Y la mayoría decidió hacer precisamente eso. Rápidamente descubrieron que los ingleses no eran tan malos como temían y que la vida podría proseguir casi como antes. Su religión seguía siendo respetada, así como la posesión de la tierra. Seguramente, éstas eran las cosas más importantes y no la lealtad a un rey lejano que los había abandonado. La transición del Imperio francés al inglés, aunque no sin dolor, fue, no obstante, bastante fácil. El dualismo esencial —franceses e ingleses— de lo que sería el país de Canadá se había iniciado.

Años antes, en 1740, el gobierno inglés había comenzado a actuar en Nueva Escocia al fundar Halifax, nuevo centro militar y político para la colonia. También fue el principio de los esfuerzos serios de colonización inglesa de lo que hoy es Canadá. La toma de Nueva Francia promocionó la inmigración de más colonos anglófonos, tanto a Montreal como a Nueva Escocia.

Otros grupos étnicos y nacionales empezaron a llegar también. Escoceses, irlandeses, alemanes, estadounidenses y otros muchos terminarían enriqueciendo grandemente la cultura de Canadá, para ser seguidos por muchos más durante los siglos XIX y XX.

Con la llegada de los colonos ingleses, muchas cosas empezaron a cambiar. Trajeron con ellos elementos como la imprenta, y los colonos de Nueva Escocia y Canadá —como ya se llamaba la antigua colonia de Nueva Francia— de pronto contaron con órganos de prensa propios. Otro paso importante se dio en 1758 en Nueva Escocia con la introducción de la primera forma de gobierno representativo en lo que hoy es Canadá. Por primera vez los colonos podían elegir a quienes debían aprobar las leyes y perfilar la política del gobierno. Los ciudadanos aún no tenían pleno control sobre su gobierno, pero fue un comienzo importante.

Cuando la lucha de ciento cincuenta años con Francia se acabó por fin en América del Norte, Inglaterra creía que sus problemas en buena medida habían terminado. Sin embargo, a principios de los años de 1760 se manifestaron nuevas dificultades con algunas de sus colonias más antiguas en el Nuevo Mundo. La insatisfacción y el disgusto ante la política británica empujaron a las Trece Colonias del litoral atlántico a la rebelión abierta (*). Cuando los combates de verdad empezaron en 1775, las colonias de nueva Escocia y Canadá eran perfectamente conscientes de la situación y hubo un considerable grado de comprensión hacia la causa de los rebeldes.

Sin embargo, los intereses de estas dos colonias más recientes no estaban demasiado afectados por las nuevas leyes que tanto encolerizaban a los colonos más antiguos. Además, ambas eran bastante pequeñas y tenían fuerzas militares o navales británicas estacionadas en su territorio. Una contraproducente invasión de Canadá por las fuerzas rebeldes en el otoño de 1775 apagó bastante la anterior simpatía para su causa. En ninguna colonia hubo un levantamiento serio en apoyo de la revolución norteamericana y cuando los combates se acabaron al fin, en 1783, los neoescoceses y los canadienses se encontraban de nuevo al otro lado de una frontera que les separaba de las colonias más grandes del sur. Quedaban establecidas las bases para un nuevo y diferente desarrollo.

(*) Se trata de la independencia de los EE.UU.

Arriba: *batalla del río San Lorenzo, junto a Quebec, en la que murieron los jefes de ambas fuerzas contendientes; la del inglés, general Wolfe, se representa* abajo *(obra de Benjamin West)*

Diversidad regional (1784-1867)

Douglas O. Baldwin
Departamento de Historia. Universidad de Acadia, Wolfville. Canadá

LA revolución americana de 1775-83 tal vez fuera el acontecimiento más importante de la historia de Canadá. Dividió las posesiones británicas en América del Norte en dos entes distintos: los Estados Unidos de América al sur y la América del Norte británica en la parte septentrional. Y mientras que las colonias separadas del norte antes habían sido de poca importancia para Gran Bretaña, comparadas con las más rentables Trece Colonias, ahora adquirieron mayor importancia.

No todos en las Trece Colonias estaban de acuerdo con los objetivos o métodos de los revolucionarios, pero una vez comenzadas las hostilidades resultó casi imposible permanecer neutral. John Adams, uno de los rebeldes más destacados, diría más tarde: *Habría ahorcado a mi propio hermano si hubiera tomado parte al lado del enemigo en este conflicto.* De resultas, más de 100.000 personas huyeron de los Estados Unidos durante esta lucha. Muchos emigrantes regresaron a Gran Bretaña o huyeron a las Indias Occidentales, y aproximadamente 40.000 se dirigieron hacia el norte, a Quebec, y a las colonias marítimas. Aunque los americanos consideraban a estas personas como traidores, los canadienses les llamaban *leales,* y los historiadores posteriormente han alabado sus *heroicas* hazañas.

Había leales de toda condición: granjeros, comerciantes, médicos y abogados. La mayoría eran granjeros que llegaban allí atraídos más por las donaciones de tierra que por consideraciones ideológicas. Muchos eran inmigrantes británicos recientes que todavía permanecían leales a la madre patria. Otros aborrecían la violencia o habían perdido sus trabajos. Grupos de etnias minoritarias, cuáqueros y menonitas, temían por su cultura y tradiciones y emigraron al norte. Más de tres mil norteamericanos negros se convirtieron en *leales* a cambio de tierras y de la liberación de la esclavitud.

Estas personas, sin embargo, recibieron tierras infértiles y sufrieron persecución por su color. Con el tiempo, algunos negros se trasladaron a otras zonas de la América del Norte británica o se embarcaron para Sierra Leona, en la costa africana. Una suerte parecida les tocó a los pueblos nativos que lucharon por la causa británica. Las grandes extensiones de tierra prometidas pronto acabaron en manos de los colonos blancos. Como observó un nativo: *Cuando miro a mi alrededor, arriba y abajo, no veo más que blancos... y nosotros no tenemos ni un lugar donde establecernos.*

La llegada de unos siete mil leales a la parte occidental de Quebec alteró drásticamente la situación en esta colonia. Por primera vez había aquí un número sustancioso de colonos británicos, aproximadamente un 15 por 100 del total. Los leales habían arriesgado sus vidas y perdido sus posesiones en apoyo de Gran Bretaña. Ahora exigían sus derechos como ciudadanos británicos: un gobierno elegido, el derecho civil británico y la Iglesia protestante. Estos cambios, sin embargo, les enfrentaron a los francocanadienses, que aún componían la gran mayoría de la población. Para resolver este problema el gobierno británico se dirigió a Guy Carleton, nombrado lord Dorchester. Carleton había resuelto la situación en 1774, pero esta vez sólo pudo aplazar la solución. Aun siendo amigo de los francocanadienses, había luchado con los leales y simpatizaba con su causa. Al fin, en 1791, Quebec fue dividido en dos colonias diferentes, Alto Canadá y Bajo Canadá —las actuales provincias de Ontario y Quebec.

El peso de una vecindad

En el Bajo Canadá los francocanadienses recibieron las garantías del derecho civil francés y los métodos de propiedad de la tierra, el derecho al voto, a ocupar cargos políticos y a practicar su religión. En el Alto Canadá, que abarcaba la mayor parte de los asentamientos leales, se aplicaban las leyes británicas. Como en el caso de las colonias marítimas, ambos sistemas de gobierno consistían en una asamblea elegida por sufragio popular, dos consejos nombrados por el gobernador —a menudo de carácter vitalicio— y un gobernador nombrado que tenía que dar la aprobación final a todas las leyes. Durante un tiempo este compromiso satisfizo a la mayoría. Sin embargo, en 1837 rebeldes de ambas colonias marcharon contra las autoridades británicas.

Mientras, los habitantes de las colonias marítimas también vieron su existencia gravemente afectada por la revolución americana. Aunque muchos tenían parientes cercanos en las Trece Colonias, prefirieron permanecer neutrales durante el conflicto. La oleada inmigratoria de 30.000 leales cambió la distribución de la población en Nueva Escocia, ya que 14.000 de ellos se establecieron en los valles de los ríos St. John y Ste. Croix, no poblados hasta entonces. En 1784 la colonia de Nueva Brunswick, dominada por los leales, fue separada de Nueva Escocia.



Derrota de los patriotas en Saint Charles, 1837

Gradualmente, ambas colonias crecieron tanto en población como en prosperidad. Los acadienses deportados regresaron, pero tuvieron que establecerse forzosamente en nuevos lugares, principalmente en Nueva Brunswick. Más tarde, colonos irlandeses, ingleses, galeses y escoceses llegaron para aumentar la población, que creció desde sólo 25.000 habitantes en Nueva Brunswick hasta más de 200.000 en 1851, y hasta 275.000 en Nueva Escocia.

Las guerras napoleónicas estimularon el comercio en Nueva Escocia, especialmente en su capital, Halifax, que albergaba a la Marina británica. El control de Napoleón sobre los bosques bálticos obligó al gobierno de Londres a recurrir a sus colonias norteamericanas para fa-

Cazadores indios en un río de Canadá (Galería Nacional de Ottawa). Arriba derecha, *la casa de campo del capitán John Walker (pintura de 1857. Museo de Quebec).* Abajo derecha, *el puerto de Halifax a comienzos del siglo XIX (pintura atribuida a John P. Drake)*



bricar mástiles de pino y otros productos madereros esenciales. Nueva Brunswick y el valle del río Ottawa, en particular, estaban dotados de bosques accesibles de abeto y pino. Pronto, el interior resonó con el ruido de las hachas, mientras los leñadores talaban, arrastraban y embarcaban en balsas la madera aserrada hasta las poblaciones costeras para su transporte trasatlántico. La entrada de Estados Unidos en las guerras napoleónicas, en 1812, estimuló todavía más el comercio en las colonias marítimas.

Aunque oficialmente Estados Unidos estaban en guerra contra Gran Bretaña, los Estados americanos colindantes con las colonias marítimas se opusieron a la decisión del presidente Madison y el conflicto con el Alto y el Bajo Canadá rara vez desbordó los límites de las provincias costeras.

La demanda de madera, pescado y productos agrícolas provenientes de las colonias marítimas recibió un estímulo con la guerra de Crimea, el Tratado de Reciprocidad de 1854 con Estados Unidos sobre recursos naturales y la guerra civil norteamericana.

Nueva Escocia desarrolló una economía diversificada basada en la pesca, el comercio y la agricultura, mientras que la de Nueva Brunswick estaba dominada por los altibajos de su producción maderera.

El creciente comercio dio lugar a la aparición de una industria de construcción naval vigorosa y para los años cincuenta las colonias marítimas contaban con la cuarta marina mercante en volumen del mundo.

Evolución política y económica

Las dos provincias también alcanzaron la madurez política en este período. Aunque la población estaba desperdigada en comunidades aisladas a lo largo de la costa, y dividida además por diferencias de religión entre baptistas, anglicanos, presbiterianos, luteranos, metodistas y católicos, todos los varones obtuvieron el derecho al voto si poseían un mínimo de propiedad. Y para 1848, ambas colonias habían conseguido la autodeterminación local.

Las dos colonias isleñas —la isla del Príncipe Eduardo y Terranova— tardaron más en desarrollarse, pero para mediados de siglo también eran relativamente prósperas. Terranova, la mayor colonia atlántica, con un territorio ligeramente superior al de Japón, estaba aislada del resto del país. Desarrolló así su propia cultura particular expresada en todo, desde los dialectos y la música hasta la gastronomía y el folclore. Puesto que las flotas de pesca inglesas deseaban evitar la competencia local, la población de la isla creció tan despacio que para 1800 sólo tenía 20.000 habitantes, y el gobierno estaba en manos de un gobernador con poderes casi dictatoriales que sólo pasaba allí los meses de verano. La justicia era administrada por los capitanes de los primeros barcos de pesca que llegaban a puerto cada primavera.

Estas duras condiciones fueron exacerbadas por intensas rivalidades étnicas, religiosas y de clase. Los colonos ingleses vivían sobre todo en la capital, St. John. Desde allí dominaban la economía de toda la isla, principalmente controlando el suministro de sal importada, imprescindible para conservar el producto de exportación más importante de Terranova: el bacalao. Esto dividió a los comerciantes y a los pescadores de los pequeños puertos. Los primeros eran normalmente ingleses y anglicanos, mientras



que los últimos eran católicos irlandeses.

En parte como resultado de estas divisiones, la isla no contó con un gobierno representativo hasta 1832, pero desafortunadamente, las elecciones y la votación abierta sólo sirvieron para enardecer las tensiones étnicas y religiosas. Así que, después de una campaña electoral especialmente violenta —durante la cual varias personas fueron muertas y bastantes propiedades privadas destruidas—, Gran Bretaña suspendió la constitución en 1842.

La economía de la isla respondió mejor que el sistema político. Aunque la pobre naturaleza de la tierra limitaba las tareas agrícolas, las enormes cantidades de bacalao que se encontraban en los grandes bancos eran más que suficientes. El bacalao era secado en tierra, se le salaba ligeramente y se le embarcaba hacia los países del Caribe y el Mediterráneo, Italia y España inclusive. Durante la década de 1830 la caza de la foca también se hizo rentable y representó aproximadamente el 35 por 100 de las exportaciones. Gracias a esta prosperidad, a la disminución de tensiones religiosas y a la reforma política implantada en otras partes de la América del Norte británica, el derecho a la autodeterminación local fue concedido en 1855.

La isla de Príncipe Eduardo también tenía sus propios problemas. En 1767, Gran Bretaña había dividido la colonia en sesenta y siete parcelas de tierra, y las había entregado a los ciudadanos más destacados, que prometían colonizar la isla. Mientras que algunos de estos terratenientes sí colonizaron sus propiedades, normalmente con colonos indigentes de origen escocés, inglés e irlandés, la mayoría de los propietarios ignoraba esta pequeña mota en el golfo de San Lorenzo. Y ya que la mayoría de los terratenientes prefería alquilar en vez de vender, los siguientes colonos preferían establecerse en otras zonas del territorio, donde la tierra era gratuita. La población aumentó lentamente desde 1.200 personas en 1783 hasta 81.000 en 1861. Cuando Walter Patterson, el primer gobernador, pisó tierra en la capital, Charlottetown, en 1770 no había allí un lugar de oración, y únicamente dos edificios eran dignos de este nombre. Como aconsejó a un amigo, *si no traes comida y otros bienes para llegar hasta junio, morirás de hambre, porque no se puede comprar una barra de pan ni la harina para hacerla en la isla.*

El problema más importante, sin embargo, era la imposibilidad de los arrendatarios de comprar su tierra. Se habían hecho varios esfuerzos para rectificar esta situación, pero, una y otra vez, los terratenientes o sus agentes en la isla ejercían su poder de control sobre el gobierno para frustrar estas tentativas. Los reformistas, por tanto, buscaban una transformación política que haría al ejecutivo responsable ante los representantes elegidos. Gracias al éxito de los reformadores en Nueva Escocia y Nueva Brunswick, la isla consiguió la autodeterminación local en 1851. Sin embargo, el gobernador retuvo el poder de proteger los derechos de los terratenientes.

El nuevo gobierno logró gradualmente obtener concesiones de los terratenientes, pero para muchos de los arrendatarios no eran lo suficien-



El ataque norteamericano contra Quebec el día de Nochevieja de 1775 no sólo resultó un fracaso, sino una empresa que privó a los independentistas norteamericanos de la simpatía de los colonos canadienses (izquierda). *Vista parcial de la ciudad de Quebec en un grabado del siglo* XIX (arriba)

temente amplias y en 1864 decidieron no pagar el alquiler. Finalmente, se trajeron tropas desde Halifax para sofocar los disturbios. Las cosas quedaron así hasta que la isla de Príncipe Eduardo se unió a la Confederación en 1873.

La permanente pugna

La frustración producida se vería atenuada gracias a una próspera economía. Denominada *la granja de un millón de acres,* la isla exportaba pescado y productos agrarios, especialmente patatas y ganado, a las otras colonias atlánticas, y, después del Tratado de Reciprocidad en 1854, a Estados Unidos. Esta edad de oro también fue alimentada por el crecimiento de la construcción naval. Dotados de un buen suministro de madera y puertos profundos y protegidos, los astilleros brotaron en más de cien lugares diferentes. Estos barcos se cargaban de madera o productos agrícolas y navegaban hasta Gran Bretaña, donde tanto la carga como los mismos buques eran puestos a la venta.

Mientras las colonias marítimas pudieron solucionar sus problemas políticos —como un político exageró, *sin dar ni un solo golpe ni romper un cristal*—, el camino hacia el gobierno representativo en los dos Canadás estuvo pavimentado por la violencia y los derramamientos de sangre. Los problemas más serios se desarrollaron en el Bajo Canadá. Aquí, el conflicto normal entre los elementos democráticos de la colonia y sus dirigentes oligárquicos fue exacerbado por antipatías étnicas y religiosas. Los francocanadienses, que aún componían la gran mayoría de la población, se habían aprovechado del gobierno representativo adoptado en 1791 para fortalecer su conciencia de ser un pueblo *distinto* en América del Norte.

La guerra de 1812, en la que los francocanadienses lucharon en defensa de su patria contra los agresores de los Estados Unidos, contribuyó además a reforzar sus sentimientos. Sus dirigentes glorificaban la vida agrícola y deseaban conservar la lengua francocanadiense, el sistema señorial, las leyes civiles y el catolicismo. La oposición vino de los ricos comerciantes británicos, que residían principalmente en Montreal y controlaban el comercio al por mayor de la colonia, las industrias de la madera y la construcción naval, y las exportaciones de trigo. Para fomentar el crecimiento del transporte y el comercio, los comerciantes británicos querían canales, barcos y puertos más profundos. Para mejorar los productos agrícolas esperaban

alentar a los inmigrantes británicos para que se establecieran en la colonia. Dos formas de vida diferentes se enfrentaban ahora.

Ambas partes intentaron alcanzar sus objetivos consiguiendo el control del gobierno. Los francocanadienses pronto lograron dominar la asamblea elegida democráticamente, mientras que los comerciantes trataban de que los sucesivos gobernadores británicos les nombraran para los consejos. El resultado fue un empate político. Louis-Joseph Papineau dirigió el movimiento de reforma en el Bajo Canadá, apoyado por sus colegas de la clase profesional —médicos, abogados y periodistas— frustrados en su búsqueda de prestigio y empleo. Comprobaban que los puestos de la administración civil estaban en manos de los británicos.

La depresión económica de los años 1830 agravó estas tensiones. Una serie de malas cosechas radicalizó a los *habitants,* especialmente cuando el gobierno cedio millones de acres de la mejor tierra a sus favoritos. Cuando el cólera, transmitido por inmigrantes británicos al Bajo Canadá en 1834, causó la muerte de 7.000 personas, la paranoia y la suspicacia llegaron a tal extremo que muchos francocanadienses acusaron a los británicos de genocidio.

Llevados hasta la desesperación por la situación económica, frustrados en la arena política y dominados económicamente por los británicos, los francocanadienses comenzaron a encaminarse por la senda de la rebelión armada. Como declaró un dirigente *patriote* en 1837, *ha llegado la hora de convertir en balas nuestras cucharas y platos de estaño.*

Guerra y turbulencias

Un problema parecido, menos en su aspecto de conflicto étnico, existió en el Alto Canadá. Aquí, un pequeño grupo de parientes interrelacionados y sus allegados controlaban el gobierno para sus propios intereses económicos y sociales. El favoritismo existía por doquier. Los funcionarios, incluyendo a jueces y maestros, podían ser cesados por votar a los candidatos *equivocados,* o por hacer declaraciones pronorteamericanas. Aunque la Iglesia anglicana estaba en minoría, recibía la séptima parte de todas las tierras públicas y controlaba el sistema educativo. Los reformistas, por tanto, exigieron una forma más democrática de gobierno, similar a las de Gran Bretaña o los Estados Unidos, aunque este último punto incitó los gritos de *traición* y *deslealtad* de los elementos leales de la élite dominante. Como en el Bajo Canadá, la depresión económica de los años treinta polarizó las opiniones y permitió el predominio de los reformadores más exaltados, como William Lyon Mackenzie.

La chispa que inició las rebeliones se encendió el 6 de noviembre de 1837 con una reyerta callejera en Montreal, entre dos pandillas de jóvenes, franceses y británicos respectivamente. El gobernador ordenó la salida de las tropas y la detención de Papineau y sus seguidores. Cuando Papineau huyó al campo, y más tarde a los Estados Unidos, la rebelión comenzó. Después de una inesperada victoria inicial, los *patriotes* fueron aplastados rápidamente por las tropas regulares británicas, mejor armadas y entrenadas. La causa rebelde no fue apoyada cuando el clero católico prohibió a sus fieles portar armas bajo pena de excomunión. Al año siguiente otra insurrección fue sofocada con facilidad. A fines de año más de ciento cincuenta personas habían muerto y las cárceles estaban abarrotadas.

El levantamiento del Bajo Canadá sirvió de detonante para el conflicto del Alto Canadá. Cuando el gobernador envió tropas regulares a luchar contra los *patriotes,* Mackenzie decidió actuar. El 5 de diciembre, 800 granjeros conjurados y decididos, armados con porras, horcas, piedras y algunos mosquetes, marcharon a la capital, Toronto. El resultado fue una escena de ópera bufa. En los arrabales de la población un puñado de defensores bien escondidos disparó una descarga contra los agresores y, acto seguido, ante la superioridad de fuerzas atacantes abandonó sus armas y huyó. La primera línea de Mackenzie devolvió el fuego y se echó al suelo para volver a cargar. Entre el ruido y la creciente oscuridad, los que estaban detrás, convencidos de que los fusileros habían sido abatidos, retrocedieron y huyeron. Aunque Mackenzie escapó por la frontera y hubo varios brotes de insurrección en otras partes, de hecho la rebelión se había terminado.

El conflicto, sin embargo, hizo recordar a Gran Bretaña los problemas de sus colonias en América del Norte, y lord Durham fue enviado para investigar la situación y proponer soluciones. Durham estaba de acuerdo con las quejas de los reformadores en el Alto Canadá, pero tenía poca simpatía por los francocanadienses, a quienes describió erróneamente como *un pueblo sin historia ni literatura.* Puesto que eran *un pueblo atrasado,* Durham tomó la decisión de que deberían ser asimilados, y recomendó la unión de las dos colonias y que les fuera concedida su autodeterminación. Esto permitiría que los colonos ingleses tuvieran una superioridad numérica sobre los francocanadienses y pudieran imponer una política integracionista. Aunque el gobierno británico creó la Provincia Unida de Canadá en 1841, no aprobó la reforma política hasta siete años más tarde. En la pugna que siguió para la creación de un gobierno representativo, los francocanadienses lograron asegurar su supervivencia como comunidad autónoma.

La década de 1840 conoció años de turbulencia económica y social. Miles de irlandeses enfermos y hambrientos entraron en Canadá a raudales después de la carestía provocada por el fracaso de la cosecha de patatas. Aunque es-

Arriba, *zona noroeste de Quebec, a comienzos del siglo* XIX, *vista desde el helado río de San Carlos (por G. Heriot, Museo Real de Ontario, Toronto).*
Abajo, *calle King de Toronto, hacia mediados del siglo* XIX. *A la derecha puede verse el Palacio de Justicia y la cárcel de la ciudad (pintura atribuida a T. Young, Museo Real de Ontario)*





Los padres de la Confederación en una de sus reuniones, 1867

tos inmigrantes ofrecían la mano de obra necesaria para las fábricas y para la construcción, suponían un oneroso lastre para el rudimentario sistema de vida de la colonia y contribuían a las divisiones raciales en ambos Canadás. La economía cayó en picado a finales de los años cuarenta, cuando Gran Bretaña optó por el libre comercio. La pérdida del hasta entonces protegido mercado de grano y madera condenó a la economía a un descenso radical y, en parte, fue responsable del incendio de los edificios del Parlamento en Montreal en 1849 y del nacimiento de un movimiento de corta vida a favor de la anexión al año siguiente. El Tratado de Reciprocidad de 1854 con los Estados Unidos, sin embargo, coincidió con un relanzamiento de la economía basada en la madera y los productos agrarios. El crecimiento mercantil e industrial también se vio beneficiado desde el comienzo del *boom* de la construcción ferroviaria, que pronto cruzó la provincia con raíles de hierro.

Al oeste de los Canadás había millones de acres de tierra de pradera. Durante casi dos siglos este territorio de la *Compañía de la Bahía de Hudson* había sido contemplado únicamente como zona para el comercio de las pieles y, a excepción de unos mil colonos y traficantes de pieles blancos, estaba poblado exclusivamente por los nativos y los *metis*. Los *metis*, originariamente, eran los hijos de padres europeos y madres indias, pero ahora formaban una sociedad distinta y particular. Hablaban varios idiomas, cazaban el bisonte y trabajaban la tierra. Para finales de la década de 1850, sin embargo, los agrimensores habían informado de las buenas perspectivas agrarias en las *praderas*, y colonos de Ontario empezaban a emigrar hacia el oeste, a la colonia metis de Red River, actualmente Winnipeg.

Hacia la unidad

Más al oeste, al otro lado de las Rocosas, estaban las colonias británicas de Columbia y la isla de Vancouver. La costa del noroeste de Norteamérica había quedado sin explorar hasta los años de 1770. Aunque España había llegado al Pacífico primero, fue necesario conocer los rumores sobre actividades rusas en la zona para obligarla a avanzar hacia el norte desde México. En 1774 Juan Pérez navegó hasta Alaska, y quince años más tarde los españoles establecieron una colonia en la Sonda de Nootka. A mediados de los años 1790, sin embargo, la potencia ibérica se retiró de la costa noroeste en favor de Gran Bretaña, Rusia y los Estados Unidos. Hoy en día, unos cien topónimos sirven para recordar a los canadienses estas tempranas expediciones hispanas.

Antes de 1850 menos de mil blancos poblaban el noroeste canadiense. Las pieles de nu-



trias de mar, en particular, y las pieles, en general, codiciadas por los traficantes de Canadá, eran sus únicos incentivos económicos. En 1858, sin embargo, el descubrimiento de oro en el río Fraser produjo una avalancha de buscadores que venían incluso desde Australia. La mayoría de ellos llegaba desde los Estados Unidos y cuando el oro escaseó y llegó la depresión económica, muchos de los habitantes sugirieron la anexión con el país vecino. Los colonos más viejos, sobre todo los de la isla de Vancouver, preferían mantener la conexión británica; algunos miraban hacia Canadá, pero éste se encontraba a más de 2.000 millas al este, a través de tierra desconocida.

En los Canadás, la unión de las dos colonias había reducido temporalmente la hostilidad anglo-francesa, pero las tensiones étnicas volvieron a surgir a finales de los años cincuenta y a principios de los sesenta. Muchos habitantes del Alto Canadá se quejaban de que los francocanadienses dominaban el gobierno y por tanto controlaban la política educativa y la económica, y obstaculizaban la expansión hacia el fértil noroeste, mientras que los del Bajo Canadá estaban constantemente en guardia contra la política integracionista. El resultado fue el empate.

Entre 1849 y 1864 hubo doce gobiernos diferentes. Al fin, los dirigentes de los tres partidos políticos mayores, George Brown, George Cartier y John A. MacDonald, se pusieron de acuerdo para crear una unión general de todas las colonias de la América del Norte británica.

El problema era el de cómo convencer a las prósperas colonias atlánticas de las ventajas de la fusión. En 1864, en varias reuniones celebradas en Charlottetown y en la ciudad de Quebec, los dirigentes de cada colonia se reunieron para considerar la propuesta de los canadienses. Este puso énfasis en las ventajas económicas de un inmenso país libre de tarifas, la construcción de un ferrocarril transcontinental para unificar la nación, y la oferta de crear un puerto de invierno en la costa atlántica, y los requerimientos de defensa de cada colonia, ya que la guerra civil americana estaba llegando a su fin y los vencedores amenazaban con marchar hacia el norte.

A pesar del apoyo entusiasta de Gran Bretaña para este arreglo, la Confederación no se consiguió hasta el 1 de julio de 1867, debido a los temores de muchos de los habitantes de las colonias marítimas a ser engullidos por los más numerosos canadienses del centro. Excepto en campos como el comercio exterior, las relaciones con otras naciones y los cambios constitucionales, Canadá era ya un país independiente. A lo largo de los seis años siguientes, el primer ministro, John A. MacDonald, convenció a la indecisa isla de Príncipe Eduardo para unirse a Canadá, compró los territorios del noroeste a la *Compañía de la Bahía de Hudson* y atrajo la colonia de la costa noroeste, la Columbia británica, hacia una nueva unión. Terranova, por su orientación hacia Europa, permaneció separada hasta 1949. Una nueva nación acababa de nacer.

No obstante su nombre, Canadá era una unión federal. Las provincias tenían control sobre los asuntos locales, y el gobierno central y bicameral, en Ottawa, decidía sobre las cuestiones nacionales. Los derechos minoritarios garantizaban el idioma y los derechos de educación para los francocanadienses donde estos existían antes de 1867. La Cámara de los Comunes era elegida por sufragio popular y un Senado nombrado debía proteger los derechos provinciales, aunque el Senado no tenía poderes sobre asuntos económicos. Con pocos cambios, el sistema que se estableció en 1867 permanece vigente hasta hoy.

(La traducción de este informe ha estado a cargo de Ian Mac Kinnon).

(Agradecemos a la Agregaduría de Cultura de la Embajada de Canadá la colaboración prestada para ilustrar este informe).

Bibliografía

Alcina, J., y otros, *To the Totem Shore. The Spanish Presence on the Northwest Coast,* Madrid, Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones, 1986. Brebner, J. B., *The Neutral Yankees of Nova Scotia: A Marginal Colony during the Revolutionary Years,* Toronto, 1969. Brown, C. (ed.), *The illustrated History of Canada,* Toronto, Lester and Orper Dennys, 1987. Conrad, M. (ed.), *They Planted Well: New England Planters in Maritime Canada.* Fredericton, 1988. *Dictionary of Canadian Biography,* vols. I-V, Toronto, 1966-1983. Eccles, W. J., *Frontenac: The Courtier Governor,* Toronto, 1959. Eccles, W. J., *Canada under Louis XIV, 1663-1701,* Toronto, 1964. Eccles, W. J., *France in America,* Toronto, 1972. Fregault, G., *Canada. The War of the Conquest,* Toronto, 1969. Griffiths, N., *The Acadians: Creation of a People,* Toronto, 1973. Jaenen, C. J., *The Role of the Church in New France,* Toronto, 1976. MacNutt, W. S., *The Atlantic Provinces: The Emergence of Colonial Society, 1712-1857,* Toronto, 1965. Moore, Ch., *Louisbourg Portraits: Life in an Eighteenth Century Garrison Town,* Toronto, 1982. Neatby, H., *Quebec. The Revolutionary Age, 1760-1791,* Toronto, 1966. Rawlyk, G., *Nova Scotia's Massachusetts: A Study of Massachusetts-Nova Scotia Relations, 1630-1784,* Montreal, 1973. Rich, E. E., *The Fur Trade and the Northwest to 1857,* Toronto, 1967. Saywell, J., *Canada. Past and Present,* Toronto, Clarke Irwin, 1983. Stanley, G. F. G., *New France: The Last Phase, 1744-1760.* Toronto, 1966. VV. AA. (C. Brown, ed.), *Histoire Générale du Canadá.* Montreal, Boréal, 1988. V V. AA. (D. Vaugeois et Lacoursière, eds.), *Canadá-Québec. Synthése historique,* Montréal, Renouveau Pédagogique, 1969.



La ciudad de Quebec a comienzos del siglo XIX

Así nació Canadá

Textos

La selección de textos ha sido realizada por Carlo A. Caranci.

CUADERNOS historia 16

Canadá y su ejército

MIRANDO hacia atrás a partir de fines del pasado siglo, puede decirse que Canadá ha tenido una historia turbulenta. Franceses, ingleses, indios y los independentistas estadounidenses lucharon entre sí en una serie de guerras que terminaron con el valioso Canadá en manos británicas. Y en esa época, también, Canadá hubo de vérselas con disturbios internos periódicos y amenazas desde dentro de las fronteras. Las tropas británicas se retiraron en 1871, tras la proclamación de la Confederación (creada en 1867), dejando la defensa de Canadá en manos de su pueblo. En los años 90 esta tarea le fue confiada a una Milicia (que, según algunos no era más que una gendarmería política), y una exigua y lamentable banda de regulares.

Su agitado pasado, pese a todo, no implantó en Canadá una tradición militar. La Milicia y las fuerzas regulares nunca constituyeron una fuerza; los gastos militares nunca fueron del agrado de la población; y la opinión pública se hallaba dividida respecto a la política de defensa. El aislacionismo tenía muchos partidarios, firmemente opuestos a ver involucrado a Canadá en aventuras imperiales; aunque sus contrarios veían en la alianza con Gran Bretaña una manera de permanecer bajo su manto protector. Y entremezclada con todo esto estaba la política expansionista de Estados Unidos, que se consideraba una amenaza, aunque había quien prefería la protección de la *Doctrina Monroe*.

En esta atmósfera *pendular* Canadá, que no era un país militarista en absoluto, se vio arrastrado a la primera guerra mundial del siglo XX (...). *(MIKE CHAPPEL, «The Canadian Army at War», Osprey, London, 1988. Men-at-Arms Series, n.° 164. p. 3.)*

Los indios

A la llegada de los europeos «los indios» formaban un poblamiento disperso y escaso, salvo en algunos sectores privilegiados, como la *península* de Ontario (...) donde la densidad era más alta. [Tenían] una diversidad considerable de lenguas y dialectos, que no se pueden hacer remontar a un origen común. (...) Ninguna de estas tribus llevaba una existencia totalmente sedentaria. Pero algunas de ellas se distinguían por el predominio de la agricultura en su economía y por la relativa estabilidad de sus hábitats. (...) El dominio de las tribus nómadas era mucho más extenso (...).

Las tribus sedentarias eran las sociedades más evolucionadas y mejor organizadas. Estaban formadas por los grupos, emparentados entre sí, de los hurones, iroqueses y neutrales, que habitaban alrededor de los lagos Erie y Ontario, y por las tribus de la costa del Pacífico. Hurones e iroqueses repartían su actividad entre la agricultura, la caza, la pesca y la guerra. (...).

Las tribus del Pacífico, tlingit, haida, tsimshian, kwakiutl... se consideraban también pueblos sedentarios: aunque llevaban a cabo migraciones estacionales (...) para proveerse de caza y sobre todo de pescado o de focas (...), transcurrían la mayor parte del año en aldeas fijas (...).

Además de estos grupos sedentarios, cuyo hábitat cubría una extensión reducida de la superficie del Dominio, las poblaciones indígenas llevaban una vida puramente nómada. Por ello presentaban un grado de organización menos evolucionado.

En todo caso puede hacerse una excepción con algunas tribus de las montañas Rocosas o de las mesetas interiores, es decir, los chilcotin, carrier, tahltan, cuyos conceptos de organización se inspiraban en los de los pueblos ribereños del Pacífico (...).

Finalmente, en las latitudes árticas vivían los esquimales. Confi-

nados en las orillas septentrionales del Canadá, sólo efectuaban cortas estancias en el interior para cazar caribúes y bueyes almizcleros o pescar en los lagos y los ríos. Más privilegiados que los pueblos de los Barren Grounds, disponían de medios de subsistencia más regulares (...). Divididos en comunidades dispersas y poco numerosas, su organización era más débil que la de la mayoría de las tribus indias. El alejamiento de los esquimales, la escasez de sus contactos con los europeos reducen el interés que puedan tener para la historia de Canadá. *(MARCEL GIRAUD, «Histoire du Canada», Presses Universitaires de France, Paris, 1971. pp. 8-12.)*

El Canadá francés

LA historia del Canadá francés comienza con la derrota de las tropas francesas y de los irregulares canadienses, a manos de las tropas inglesas, ante Quebec el 13 de septiembre de 1759. Cuatro años más tarde, por el Tratado de París, Francia cede a Inglaterra sus posesiones norteamericanas, a excepción de las islas de Saint-Pierre y Miquelon (...). Después de 1760, los *nuevos súbditos* de Su Majestad británica (...) descubren un mundo que les es desconocido, desde la lengua a las instituciones (...).

Otras tres fechas marcan el período: 1774, 1791 y 1837-1840. La primera ve a Inglaterra enfrentada a la insurrección estadounidense, por lo que otorga a los canadienses concesiones importantes en el campo de la lengua, de la religión y de las leyes. La segunda fecha marca la consolidación de la situación creada en 1774, debido a la concesión de una cámara de asamblea y a la división de la colonia en Alto y Bajo Canadá. Londres, presionado por los acontecimientos, cree resolver los problemas de sus colonias norteamericanas de esta manera, pero en realidad va a provocar la explosión de 1837. La secuencia 1837-1840 se sitúa bajo el signo de lo que los manuales han denominado durante mucho tiempo las *agitaciones* de 1837, y de su resultado legislativo, la reunión de las dos colonias del Alto y Bajo Canadá bajo una única cámara. Estos dos últimos acontecimientos subrayan un grave fracaso de los canadienses franceses en su intento de gobernarse por sí mismos; se ha hablado, con razón, de segunda conquista. *(JEAN-CLAUDE ROBERT, «Du Canada français au Québec libre», Flammarion. Paris, 1975. Páginas 13-14.)*

El Oeste canadiense

DE 1763 a 1821 la historia del Oeste se resume en el conflicto, por lo general despiadado, entre las compañías comerciales. La conquista de las Tierras Bajas no aminoró la lucha que los exploradores y traficantes de pieles, provenientes del valle del río San Lorenzo, entablada en las llanuras del Oeste con la Compañía de la Bahía Hudson. Al contrario, adquirió caracteres de aspereza que en un primer momento no había tenido. Fue consecuencia de la aparición de nuevas gentes, por lo general hombres totalmente extraños a la raza canadiense y a sus tradiciones: escoceses en su mayoría, highlanders sobre todo, que salían del grupo de los leales [a Inglaterra durante la guerra de Independencia estadounidense] y de elementos llegados a Canadá en las filas del ejército de Wolfe.

Cierto número de estadounidenses, ex soldados, *tratantes* especializados que habían hecho su aprendizaje entre los indios de Illinois o de Mississippi, exploradores de talento empujados por su propia curiosidad y por el atractivo de beneficios comerciales, acabaron uniéndose a aquéllos. Unos y otros introdujeron en estas tierras del Oeste una mentalidad sin escrúpulos, interesada hasta la violen-

cia, desconocida por los canadienses que los habían precedido. Su experiencia en los negocios, sus cualidades de organizadores les permitieron asumir la dirección de los nuevos organismos que emprendieron la explotación de las pieles (...). Reclutaron entre los canadienses al personal subalterno que necesitaban para el éxito de sus operaciones (...). [Pero] transmitieron a este personal sus hábitos violentos (...) y animados por esta mentalidad nueva, el *North Western spirit,* los organismos [creados por aquéllos] pudieron llevar a cabo una guerra sin cuartel, que acabará beneficiándolos, contra la Compañía de la Bahía de Hudson, víctima de sus métodos algo lentos y rutinarios. *(MARCEL GIRAUD, «Histoire du Canada», Presses Universitaires de France. Paris, 1971. pp. 74-75.)*

El Canadá y la independencia de Estados Unidos

EL *Quebec Act* [1774] otorgaba [por parte de los británicos] a los canadienses franceses facultad total para practicar su religión, el clero podía percibir su diezmo, y las viejas normas consuetudinarias civiles francesas subsistían casi sin cambios, pero en términos generales se aplicaba el código inglés. (...) Además, se otorgaba a Canadá una ampliación de las fronteras anteriores, lo que permitía a los tramperos y a los colonos alcanzar los Grandes Lagos e incluso bajar hasta el Ohio. (...) es evidente que esta modificación de las fronteras canadienses significó un golpe para las colonias anglosajonas que ambicionaban obviamente extenderse sobre la reserva india. (...)

De hecho, el *Quebec Act* sancionaba la división de la América inglesa y aquélla iba a ser definitiva. E irritó rotundamente, más de lo que pudo intimidarla, a la opinión de las Trece Colonias [los futuros Estados Unidos]. Además, no provocó la participación de Canadá del lado de los ingleses [en la guerra de independencia estadounidense]. (...) Pese a su antipatía por las Trece Colonias, los canadienses iban a permanecer neutrales.

(...)

El *Quebec Act* fue muy mal visto, pues, por la opinión estadounidense. El Canadá volvía a ser, como en tiempos de los franceses, una amenaza sobre la libertad inglesa. Los anglosajones de las Trece Colonias constataban que el *Quebec Act* rechazaba la democracia (no había asamblea), pactaba con el papado, pretendía impedir que los estadounidenses cruzasen el Ohio. Los estadounidenses debían, pues, tratar de separar a Canadá de Inglaterra, o bien atacarlo para que no sirviese de base para el ejército británico. Los rebeldes [estadounidenses] trataban en primer lugar de ganarse a los franceses y a los pocos ingleses que habitaban en Canadá. Se les hizo comprender que la puerta de la Confederación estaba abierta para la décimocuarta provincia. Y se contaba con que Francia quisiese empujar a los canadienses a la revuelta contra Inglaterra. Pero nada de esto ocurrió. Los ingleses de Canadá, muy ligados a Londres, igual que los de Nueva Escocia y Terranova, contaban con obtener el monopolio del tráfico de pieles si permanecían fieles a Inglaterra. En cuanto al gobierno de Versalles, había tomado la decisión de no tocar Canadá, ni siquiera de incitar a la revuelta.

(...) Por lo que respecta a la Nueva Escocia, cuya población era en su mayoría británica, no había tomado parte en la Revolución [estadounidense] (...).

[La guerra incrementó el número de habitantes de Nueva Escocia] por la llegada de elementos leales a Gran Bretaña (...). La po-

blación se triplicó. (...) Su llegada iba a complicar el problema canadiense (...). Desde ahora habrá dos Canadás.

El Tratado de París de 1783 iba a fijar, naturalmente, la frontera entre la nueva nación americana y las posesiones británicas que subsistían. *(MICHEL DEVEZE, «L'Europe et le monde à la fin du XVIII siècle». Albin Michel, París, 1970, pp. 391-394.)*

Nueva Francia

TAMPOCO Francia quedó atrás en la carrera por la colonización de América. Una vez que Enrique IV se convirtió en rey y las guerras civiles religiosas terminaron, Francia reanudó la exploración de América allí donde Cartier la había dejado, en sus viajes por el río San Lorenzo.

Los franceses habían mantenido contactos con la religión en relación con el comercio de pieles. Las pieles de castor, de las que Canadá era rico, adquirieron gran popularidad en la manufactura de sombreros; y el comercio de pieles, que necesitaba una base terrestre, se había vuelto más provechoso que la pesca frente a la costa. Por ello, Enrique IV fue persuadido a que tratase de afirmar allí la presencia francesa. Para tal fin nombró a Samuel de Champlain geógrafo real, con instrucciones de explorar la región.

Champlain no era ningún principiante (...).

Ya había hecho dos viajes a América. En 1603 había entrado en el río San Lorenzo. Luego en 1604 exploró las costas de Nueva Inglaterra antes de que se bautizase con este nombre a la región. En una península situada más al Norte y que los franceses llamaron Acadie (Acadia, en inglés), de una palabra india que significa «rico», ayudó a fundar una colonia llamada Port Royal.

En 1608, bajo patrocinio real, zarpó de Francia para efectuar su tercer viaje a Canadá. Nuevamente remontó el río San Lorenzo y el 3 de julio de 1608 fundó una colonia a 650 kilómetros aguas arriba, en un punto donde el río se estrecha y donde las empinadas márgenes facilitaban la defensa de la colonia. Fue la ciudad de Quebec, fundada un año después que Jamestown.

Quebec pasó por tiempos difíciles al principio. El duro invierno septentrional cayó sobre la colonia y de los veintiocho colonos originales sólo ocho seguían vivos cuando llegó la primavera. Sin embargo, Quebec se mantuvo en existencia y fue el núcleo de lo que se llamaría Nueva Francia.

Para su comercio de pieles los franceses dependían de los indios locales, que pertenecían a tribus llamadas huronas y algonquinas. Estos se hallaban en guerra con los iroqueses, una confederación de tribus indias cuyas tierras estaban en los que es hoy el Estado de Nueva York. (...)

En verdad, los iroqueses fueron quizá los más notables guerreros indios de las Américas (...). Conquistaron a las tribus indias vecinas y dominaron gran parte de lo que es hoy el noreste de los Estados Unidos.

Champlain no sabía nada de esto. Solamente estaba ansioso de explorar el Sur y deseaba ayudar a los indios de quienes dependía para obtener pieles. Cuando se desplazaba hacia el Sur, desde el San Lorenzo, en julio de 1609 descubrió un extenso lago que todavía hoy es llamado lago Champlain en su honor. En el extremo meridional de ese lago, el 30 de julio, los indios algonquinos a los que Champlain acompañaba se encontraron con un grupo de iroqueses.

Inmediatamente entraron en combate con tomahawks y flechas.

Los iroqueses estaban venciendo, de modo que Champlain y sus hombres intervinieron. Con sus mosquetes descargaron una andanada contra los iroqueses. Desconcertados por la nueva arma que tronaba y mataba misteriosamente los iroqueses se volvieron y huyeron.

La intervención de Champlain fue probablemente el acto más importante de su vida. Los iroqueses, humillados por haber tenido que retirarse con pánico, nunca olvidaron ni perdonaron. Desde ese momento las tribus fueron consecuentemente hostiles hacia los franceses y fueron aliados, primero, de los neerlandeses y, luego, de los ingleses.

De los neerlandeses obtuvieron armas de fuego, y en 1640 fueron los primeros indios que usaron armas de fuego en sus guerras. Más de una vez los vengativos iroqueses llevaron a la Nueva Francia al borde de la extinción. Sin la ayuda de los iroqueses, a la larga tal vez ni los neerlandeses ni los ingleses hubiesen podido resistir contra los franceses en esa región decisiva. (...)

Después de retornar a Francia en busca de más colonos, Champlain volvió a América por cuarta vez en 1610, y en 1611 fundó una colonia a 240 kilómetros aguas arriba de Quebec. La llamó Place Royale y fue el núcleo de la posterior Montreal. En 1613 hizo una expedición hacia el Oeste y en 1615 llegó a la bahía Georgiana, la extensión septentrional del lago Hurón. Fue el primer europeo que llegó a los Grandes Lagos.

Cuando volvió a Francia, Enrique IV había sido asesinado en 1610, y siguieron catorce años de relativa debilidad bajo su hijo menor de edad Luis XIII. Aunque Champlain fortificó Quebec en 1620, no era más que una pequeña colonia y no pudo resistir un ataque naval de los ingleses en 1629. Champlain, que era ahora gobernador de Nueva Francia, se vio obligado a rendirse y estuvo prisionero tres años. Los ingleses también tomaron las colonias francesas de Acadia. Pero tanto Quebec como Acadia fueron devueltos en 1632.

En el ínterin, en 1624, el capaz cardenal Richelieu había asumido el gobierno como primer ministro de Luis XIII. Bajo su mano firme Francia revivió rápidamente. En 1627 organizó una compañía destinada a estimular la colonización de Canadá. Obtuvo de Inglaterra la devolución de las posesiones francesas y, año tras año, Nueva Francia se hizo cada vez más fuerte. El río que lleva las aguas del lago Champlain al Norte, al río San Lorenzo, es llamado río Richelieu en su honor.

Pero el número de colonos franceses siguió siendo pequeño, considerando el tamaño del territorio que Francia dominaba. Había muchas razones de ello. El clima era duro y los franceses estaban más interesados en el comercio de pieles y en obtener beneficios que en construir un nuevo hogar para los franceses en ultramar. Para asegurarse un comercio provechoso, el gobierno francés, que era autocrático interiormente, mantenía un despótico control sobre los colonos y no hacía de Canadá un lugar atractivo para quienes esperaban escapar de las durezas internas.

Finalmente, los franceses más proclives a buscar asilo en ultramar eran los hugonotes, los protestantes franceses, que sufrían los infortunios de ser una minoría de la que se desconfiaba internamente. Pero el gobierno francés tenía intención de que Nueva Francia siguiese siendo completamente católica y no permitía a los hugonotes penetrar en territorio francés en América. Por ello, los hugonotes emigraban a las colonias inglesas, donde eran bienvenidos y contribuían a fortalecer al enemigo de Francia. *(ISAAC ASIMOV, «La formación de América del Norte». Alianza. Madrid, 1983, pp. 131-136.)*

La guerra del rey Guillermo

PERO la opinión pública inglesa fue llevada lentamente a una posición antifrancesa. El cambio decisivo se produjo cuando Luis XIV, impulsado por el fanatismo religioso, cometió un error fundamental. El 18 de octubre de 1685 puso fin a toda tolerancia de los protestantes en Francia; los hugonotes franceses fueron forzados, mediante un tratamiento totalmente inhumano, a convertirse o a huir del país. Luis tampoco les permitió entrar en Nueva Francia o en Luisiana.

(...)

El efecto de la acción represiva de Luis XIV sobre la opinión pública de la Inglaterra protestante fue enorme. Cuando ese mismo año el católico Jacobo II se convirtió en rey de Inglaterra, muchos protestantes ingleses se horrorizaron, pues suponían que (una vez que se sintiese suficientemente fuerte) seguiría los pasos de Luis.

Esos temores contribuyeron a provocar el levantamiento de 1688, por el que Jacobo II fue expulsado del trono. El Parlamento puso la corona en la cabeza de su hija protestante, María II, y su marido, Guillermo III. Este ya gobernaba los Países Bajos (y era también Guillermo III según la numeración neerlandesa) y había sido el corazón y el alma de la lucha contra Luis XIV.

(...)

Cuando Guillermo llegó a rey de Inglaterra, esta nación se convirtió en miembro de la Liga. La guerra que se produjo a continuación, entre todos los miembros de la Liga, por un lado, y Francia, por el otro, se conoce normalmente con el nombre de Guerra de la Liga de Augsburgo, o a veces Guerra de la Gran Alianza.

Guillermo, decidido a combatir al odiado Luis con toda arma a su alcance, no tenía ninguna intención de permitir que las colonias norteamericanas permaneciesen neutrales. Sabía bien que las colonias inglesas superaban en población a Nueva Francia en la proporción de 15 a 1; que Inglaterra y los Países Bajos tenían una superioridad naval que podía ser decisiva en una guerra liberada en el océano, y que los aliados tenían una superioridad industrial y financiera que les permitía dar apoyo a una guerra distante.

Pero, desgraciadamente para los ingleses, también tenían desventajas. En primer lugar, las colonias inglesas estaban desunidas, y las colonias meridionales, que estaban lejos de los franceses, no veían ninguna razón para tomar parte en el conflicto. Sólo estaban implicadas las colonias más septentrionales.

Además los franceses, aunque pocos en número, habían ubicado estratégicamente algunos fuertes, y tenían pocos grandes centros de población que los ingleses pudiesen atacar. Los colonos franceses estaban familiarizados con los bosques sin caminos, y se hallaban en buenos términos con los indios. Más aún, el gobierno francés apoyaba directamente a sus colonos, mientras que el gobierno inglés, teniendo que combatir con el ejército de Luis (el mejor del mundo por aquel entonces) en Europa dejó que las colonias se las arreglasen como pudieran, de modo que la superioridad naval y económica angloneerlandesa no sirvió de nada.

Fue característico de esta guerra (llamada la Guerra del rey Guillermo en las colonias) (...) y de las que siguieron el papel que en ellas tuvieron los indios. Los franceses, casi siempre, combatieron con la ayuda de sus aliados indios, por lo que la serie de guerras iniciadas en 1689 a veces son agrupadas bajo el nombre de Guerras contra Franceses e Indios.

(...)

Una vez iniciada la Guerra del rey Guillermo, pues, la responsabilidad de dar apoyo a ataques indios contra los enemigos recayó primero en los colonos ingleses. Con la ayuda del gobernador de Nueva York, Thomas Dongan, los iroqueses habían estado efectuando incursiones por la región de los Grandes Lagos y haciendo estragos en el comercio francés de pieles. El 4 de agosto de 1689, unas diez semanas después de iniciada la Guerra del rey Guillermo, los iroqueses avanzaron directamente hacia el Norte; borraron la colonia de Lachine, mataron a 200 hombres, tomaron 90 prisioneros y devastaron la región.

(...)

Para hacer frente a la crisis, Luis XIV restableció a Frontenac en el cargo de gobernador. Frontenac tenía ya casi setenta años, pero su energía se hizo sentir de inmediato. En represalia organizó una invasión a Nueva York. La expedición partió a mediados de enero de 1690 y avanzó silenciosamente en la nieve caminando sobre raquetas.

(...)

Los indios entraron en la ciudad [Schenectady, cerca de Nueva York], dormida, e irrumpieron en las casas con gritos de triunfo y efectuando una matanza indiscriminada. Schenectady fue completamente arrasada, y luego los invasores se retiraron rápidamente, perseguidos por los iroqueses.

Otras ciudades fronterizas fueron destruidas en forma similar por las fuerzas de Frontenac.

(...)

El 1 de mayo de 1690 [se]llamó a una reunión de representantes de las diversas colonias inglesas para concertar una acción unida contra el enemigo y crear una defensa común.

La mayoría de las colonias no respondieron al llamado. Sólo Massachusetts, Plymouth, Connecticut y (por milagro) la distante Maryland contestaron, y finalmente no se pudo hacer mucho. Pero constituyó un suceso notable, pues fue el primer llamado, desde el interior de las colonias, a la unidad colonial contra un enemigo común.

(...)

La guerra continuó siete años más, adoptando principalmente la forma de esporádicas incursiones en una parte u otra. Los ingleses hicieron progresos en la región de la bahía de Hudson, pero el ataque a Port Royal, trivial como fue, constituyó el gran suceso de la guerra, en lo concerniente a América del Norte.

El 10 de septiembre de 1697 la guerra llegó a su fin con el Tratado de Ryswick (así llamado por la ciudad neerlandesa donde fue firmado). Luis XIV y Guillermo III, indiferentes a los sucesos de Norteamérica, sencillamente convinieron, en este continente, en volver exactamente a la situación en que se hallaba cuando todo empezó.

En particular, Nueva Escocia se convirtió nuevamente en Acadia, y los indignados habitantes de Nueva-Inglaterra recibieron una lección práctica de cuánto le importaban ellos a Inglaterra. No sólo no habían recibido ninguna ayuda en la guerra, sino que lo que habían ganado por sí mismos era devuelto sin siquiera tener la cortesía de consultarlos. Pero, en conjunto, el sentimiento antiinglés fue superado con creces por el sentimiento antifrancés que provocaron las correrías y las matanzas de los indios. *(ISAAC ASIMOV, «La formación de América del Norte», Alianza. Madrid, 1983. pp. 169-178.)*